

EL PAÍS SEMANAL

Nº 2.600 / ENTREGA CON EL PAÍS EL DOMINGO 26 DE JULIO DE 2026

TRES EN LA CUMBRE

Rodrigo Sorogoyen lleva a Javier Bardem a otra cima en su carrera, y Victoria Luengo se consagra como una grande en *El ser querido*

por Jesús Ruiz Mantilla
fotografía de Miguel Reveriego

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



GUGGENHEIM BILBAO



**JASPER
JOHNS**
NIGHT DRIVER
29.05 / 12.10-2026

Fundación
BBVA

EL PAÍS SEMANAL 2.600

16

Reportaje. Tres en la cumbre

Tras su paso por Cannes, se estrena en España *El ser querido*, dirigida por Rodrigo Sorogoyen y protagonizada por Javier Bardem y Victoria Luengo.

28

Fotoensayo. Escaramuzas y charras

En México se ha reconocido el primer equipo de mujeres en charrería, el deporte nacional. Un paso más cerca de la igualdad de género.

36

Entrevista. Ulli Lust

"Como persona trato de no molestar. Como artista debo hacerlo", dice la historietista. Su última novela gráfica ha ganado en Alemania el Premio Nacional de Ensayo.

50

Perfil. Héroes de Burgos

Recorremos la ciudad castellanoleonesa con la aclamada banda La Maravillosa Orquesta del Alcohol.

64

Decoración. Una casa como un templo

En el Baix Empordà, un antiguo pajar se convierte en una vivienda con los dormitorios bajo tierra.

Fotografía de portada:
Miguel Reveriego. En la imagen,
Javier Bardem, Rodrigo
Sorogoyen y Victoria Luengo,
los tres, con *total look* de Zegna.



ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

50
O escanea el código QR:



28

- 6 Pamplinas / Martín Caparrós
10 La imagen / Juan José Millás
74 Maneras de vivir / Rosa Montero

64





POR LINIERS

PRESIDENTE

Joseph Oughourlian

CONSEJERA DELEGADA

Pilar Gil

DIRECTOR

Jan Martínez Ahrens

SUBDIRECTOR

Borja Echevarría

REDACTORA JEFA

Belinda Saile

DIRECTOR DE ARTE

Diego Areso

REDACTOR JEFE DE FOTOGRAFÍA

Gorka Lejarcegi

EDICIONES EL PAÍS, SLU

Depósito legal: M-20171-2013

ISSN: 1134-6590

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid

Teléfono 913 37 82 00

Caspe, 6, 3ª planta. 08010 Barcelona

Teléfono 934 01 05 00

elpaissemanal@elpais.es

Editado por el Grupo PRISA.

Este suplemento se entrega

con EL PAÍS los domingos.

El precio de los ejemplares atrasados es el doble del de portada.

Impresión. Rotocobri. Ronda de Valdecarrizo, 13. 28760 Tres Cantos (Madrid)

© Ediciones El País, SLU. Madrid, 2026



PEFC Certificado

Papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible, reciclado y de fuentes controladas
www.pefc.es

EN PORTADA

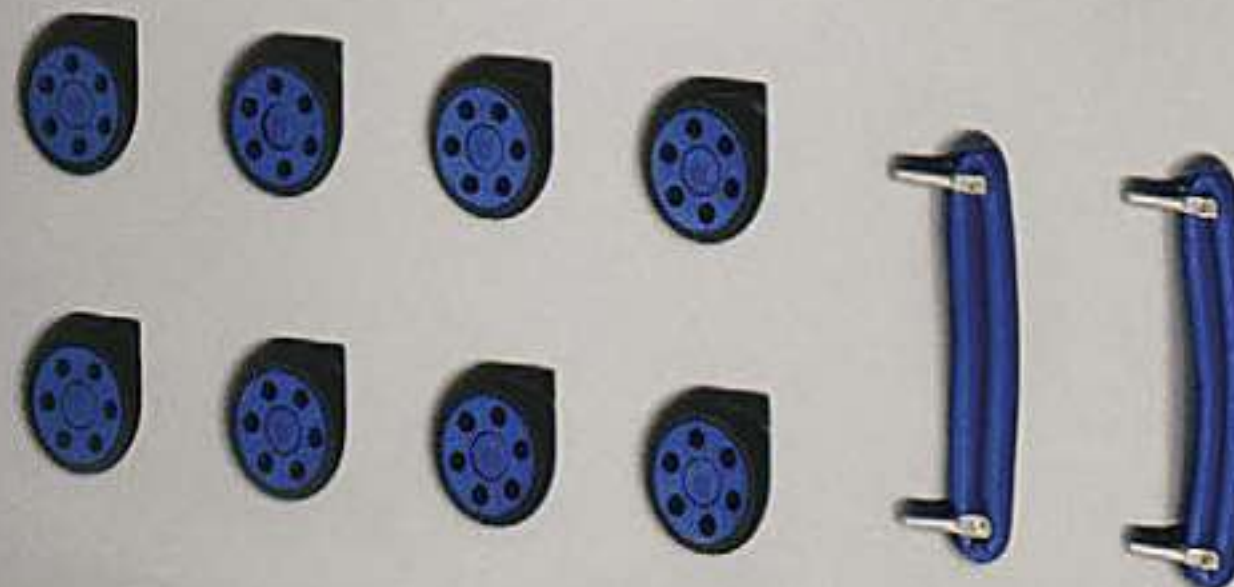
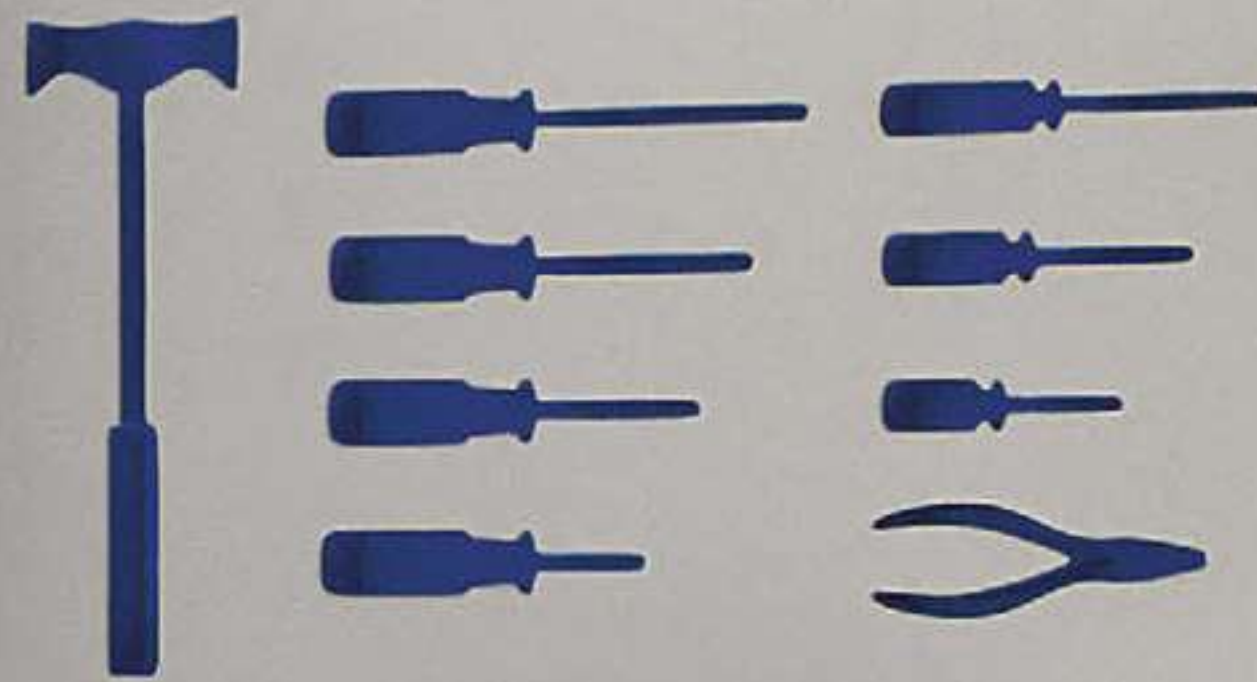
Seres queridos. El sueño cumplido de trabajar los tres juntos continúa una tarde en Madrid cuando disfrutan de sus bromas mientras Reveriego dispara las fotos. Les sugiere posturas, ángulos, gestos... Todo lo quiere supervisar el director Rodrigo Sorogoyen, mientras Javier Bardem, muy curtido ante las cámaras, confía plenamente y le da un poco lo mismo, más o menos como a Victoria Luengo. Los tres saben que tienen algo explosivo entre las manos. Una película que tras su paso por el festival de Cannes con éxito de críticas solo aguarda el veredicto del público cuando se estrene el 26 de agosto en España. El cineasta ha logrado una aleación interpretativa magistral entre sus dos protagonistas, que son padre e hija en la ficción. Los encarnan para contar la historia de un abandono y un reencuentro no exento de conflicto. Un tremendo duelo dramático y un paso más allá para una estrella como Bardem, además de la consagración de una actriz que se ha convertido en un referente total para su generación. **JESÚS RUIZ MANTILLA**

HA COLABORADO



Nuria López Torres (Barcelona, 57 años) es fotógrafa documentalista. Su trabajo aborda temas relacionados con las mujeres, la violencia y los derechos humanos. En este número ha retratado al primer equipo de mujeres charras en México.

Garantía
de por vida.



ORIGINAL
CABIN
SILVER

CLASSIC
CABIN
SILVER

RIMOWA



Martín Caparrós

La palabra fechitismo

SI HOY FUERA sábado 25 de julio yo pensaría antes que nada que es el día de Santiago-y-Cierra-España, ese símbolo preclaro de la xenofobia, esa manera tan cristiana de querer matar a los que no lo son: prioridad nacional con aureola. Pero también podría averiguar que el 25 de julio de 1978 nació en Inglaterra Louise Brown, la primera bebé-probeta, o el de 1943 cayó el gobierno fascista de Benito Mussolini, o el de 1814 circuló la primera locomotora a vapor de George Stephenson y empezaron los trenes. Y recordar que el 25 de julio de 2015 llegué a Madrid desde Barcelona con ganas de instalarme.

Pero si hoy fuera domingo 26 pensaría antes que nada que se cumplen 74 años de la muerte de María Eva Duarte, una mujer de 33, y que fue a las 20.25, como rezó después, obligada por el gobierno peronista, cada radio argentina cada día: “Son las 20 y 25, hora en que la señora Eva Perón entró en la inmortalidad”. Pero también podría averiguar que Salvador Allende nació este día en 1908 y Aldous Huxley en 1894 y Antonio Machado en 1875, y que en 1822 fue el misterioso encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil y en 1533 la traicionera ejecución del Inca Atahualpa en Cajamarca por garrote vil y en 711 la derrota del rey godo Rodrigo que culminó la conquista árabe de Hispania y tantas más y pensaría, sobre todo, en el 26 de julio de 1972, cuando, por tratar de conmemorar a Evita en plena dictadura, la policía argentina nos corrió a bombazos.

Hace muchos años —desde mis 17 o 18— que muchos días pienso en lo que pasó ese mismo día en otros años, míos o ajenos. Y ahora quizá más.

A veces es mi historia, a veces es la historia. Ser viejo es aceptar que uno tiene mucho más pasado que futuro, y actuar en consecuencia. Pero hacerse viejo es un trabajo que dura una vida —cada vida— y, más allá de las pérdidas concretas, consiste en ir armándose una historia que dé sentido a esos tiempos en que uno ya no puede armar muchas más cosas. Confirmar que sigo siendo ese.

Porque sigo creyendo que saber qué pasó antes nos lleva a entender mejor esto que ahora. Y me alienta la fantasía de pasear por el pasado —“lo pasado, paseado”— y sentir que es algo que conozco, que pervive. Es, obviamente, su gran ventaja sobre el futuro, tan esquivo.

Quizá sea una deformación profesional: en aquellos años estudiaba historia y después le dediqué mucho de

mi vida. Y supongo que mi atención a las fechas es un modo caprichoso de ir hilando los recuerdos personales y trenzarlos con los generales y sostener la convicción de vivir en un mundo que no empezó ayer y, por lo tanto, no va a acabar mañana. Que el mundo sigue ciertas reglas —o constantes— que se mantienen en el largo plazo, y que vale la pena tratar de detectar.

Rumiar las fechas, atesorar las fechas nos sirve para eso: momentos de reconstrucción. Algunos lo hacen solo en las más clásicas: un cumpleaños, un aniversario. Otros lo hacemos al borde del exceso. Los diccionarios lo llaman efeméride. La palabra efeméride es curiosa: viene de ἡμέρα, hemera, día, de donde sale también la negación de esta idea de duración, efímero, y una deriva más cercana, hemeroteca. Efeméride es, según una academia, un “acontecimiento notable que se recuerda en cualquier aniversario de él”. La frase es retorcida pero la palabra también. La palabra efeméride no hace justicia a estos trocitos de memoria: es administrativa, pretenciosa, pétrea. No me convencía, pero tampoco le encontraba un reemplazo pertinente: en general, cuando hablamos de historia nos ponemos pomposos, nos bañamos en bronce. Así que llevo años usando una palabra que trata de no hacerlo.

El fetichismo es la conducta del que imagina que ciertos objetos o conceptos pueden tener poderes



La palabra fechitismo define —creo que claramente— el fetichismo de las fechas. El fetichismo —Freud acecha de nuevo— es la conducta del que imagina que ciertos objetos o conceptos pueden tener poderes: desde un zapato de tacón aguja a una vieja bufanda con su olor, de una estatuilla muy tallada al detalle de unas puntillas negras. Por esos poderes el fetichista reverencia a su fetiche; digamos que yo hago eso con las fechas —o me burlo de lo que hago con las fechas—, y de ahí el fechitismo.

No es dañino, no más que un trago de cualquier nostalgia, y es, en cambio, una manera de vivir un poco más allá: recordar los tropiezos de una vida, pensar cómo se hizo todo esto, saber que mirar atrás siempre es un modo de seguir adelante —y viceversa. —EPS

JUNTOS:
OBJETIVO

CERO

ALCOHOL
EN MENORES



AUDACES

HECHO CON LA AYUDA DEL ABUELO

Agustín Gregori tenía 73 años y se estaba recuperando de una operación. Para salir de casa, comenzó a pasear con sus nietos y los amigos de estos. Así nació Salpi, una marca de ropa urbana en la que el abuelo y sus jóvenes socios toman todas las decisiones.

**POR DANIEL MENÉNDEZ
FOTOGRAFÍA DE
VICENS GIMÉNEZ**



ES UN MITO fundacional clásico de la meritocracia: el garaje. Donde empezó todo, el epítome de lo humilde, una fábula del sueño americano. Esta historia es de esas, como los orígenes en cocheras de Microsoft o de Honda. Excepto porque no es un garaje, es un taller, y porque su cabecilla no es un joven emprendedor, tiene 74 años. Él es Avigus y es el cofundador de la marca de ropa urbana Salpi.

Hablar con Agustín Gregori (Jaén, 74 años) es empezar hablando de ropa y pasar por espiritualidad, viajes, comida, medicina, lenguaje, horóscopo, redes... para volver a hablar de ropa. Uno de sus nietos bromea que es lo cotidiano, lección de “todología”. Gregori creó, junto con sus nietos y amigos, una marca de moda urbana, y por eso aquí lo reconocen como Avigus, abuelo Gus en catalán. Es la primera planta de un taller en la localidad de Pineda de Mar, provincia de Barcelona, y mientras en la planta de abajo hay motos de trial, pistones, cigüeñales y un Porsche 911 setentero verde, en la de arriba hay cajas para envíos, planes de producción, burros, pizarras y lienzos. Gregori señala girando el dedo por la habitación y dice: “Por esto estoy aquí, esto me da ánimos”. Antes de estar debatiendo sobre patrones, colores o tallajes, Avigus tuvo que pasar por mucho para llegar hasta ahí. Tuvo que volver de Bulgaria, donde estuvo aprendiendo cocina eslava, tuvo que pasar por restaurantes en Andorra, bares de puertos catalanes y discotecas por el barcelonés barrio de Gràcia y, especialmente, tuvo que recuperarse de un intento de robo que le rompió el húmero, varios tendones del brazo y el fémur. Poco más tarde, dos diagnósticos de cáncer.



A la izquierda, Agustín Gregori en el taller de Salpi, en Pineda del Mar (Barcelona). Aquí, junto a su nieto Gerard (izquierda) y Pau Pera, uno de sus socios.

Cuando su nieto Gerard empezaba a tontear con la idea de montar su propia marca de ropa con amigos del tenis y del pueblo, Agustín se recuperaba de varias intervenciones quirúrgicas. Cuando la idea se iba asentando, Gregori se pasaba el tiempo “con los chavales” para salir de casa. Cuando la idea ya era un proyecto, Avigus ya estaba ahí. “Ellos se han portado muy bien, no han dejado de atenderme. Cuando no podía andar, me recogían con el coche. Ahora vengo todos los días solo, y cada vez me duele todo menos. Y cuando vengo discutimos qué tenemos que hacer, miramos la ropa, grabamos un *tiktok* y miramos los pedidos”, explica sonriendo. Cuando habla siempre se ríe. Se ríe de

Antes de montar Salpi y debatir de patrones, colores y tallajes, Gregori pasó por dos diagnósticos de cáncer

los comentarios que le dejan en sus vídeos de redes —algunos de ellos, con varios millones de reproducciones—. “Me tienen frito”, bromea. Se ríe del hombre que lo atrató y no se pudo llevar nada “porque no tenía nada”. Y se ríe de ayer, que era domingo y todos fueron a trabajar. “Estaban de fiesta en un pueblo de al lado, así que cuando ya estaba preparado por la mañana les llamé para quedar; me dijeron que era temprano [6.54, señala Gerard en su teléfono]. A las diez estábamos ya aquí”, sentencia y carcajea.

Avigus relata que está entusiasmado con cómo han ido las cosas hasta ahora. Las ventas que han hecho a EE UU, Sudamérica y varios países europeos, las risas con los vecinos cuando ven camisetas con su cara, bromear con la gente por redes sobre sus gustos musicales, ver el resultado de consejos que ha dado para ciertas prendas de ropa... “Pero, sobre todo”, interrumpe, “ayudar a encontrar una meta a mis nietos”. Asegura que todos tenemos una y que está contento de que los nietos y sus amigos hayan encontrado la suya.

—Y ¿cuál es la suya?

—Esto.

Y apunta el índice a su derecha donde, delante de las cajas de pedidos, se sientan los chavales. —EPS

Juan José Millás

Da un poco de vergüenza



LA MIRADA SE va al soldado, como si fuera el centro de gravedad de la fotografía. El casco azul, el fusil, el uniforme: todo parece diseñado para llamar nuestra atención. Después, casi por accidente, uno descubre a la persona sentada junto a un puñado de judías verdes.

El militar trabaja para la misión de paz de la ONU en una localidad de la República Democrática del Congo. Forma parte, pues, de un entramado de vehículos de guerra, cadenas logísticas, negociaciones diplomáticas, intérpretes, resoluciones internacionales... Ese inmenso mecanismo ha viajado miles de kilómetros para detenerse aquí, delante de una persona que prepara unas verduras para sí misma o para un comprador francamente improbable. La imagen produce una extraña sensación de desajuste. Sin embargo, basta reflexionar

unos minutos para comprender que las guerras destruyen, sobre todo, mercados u oficinas, arrancan cosechas, vacían pozos, matan gallinas, pudren el maíz. La guerra siempre va a por los seres insignificantes o a por el menú del día. No nos parecería mal por tanto que el soldado estuviera defendiendo esas judías.

De hecho, la paz consiste en que la gente pueda ir, sin que la bombardeen, de su casa a la panadería, o del bar de la esquina a los billares. Resulta fundamental proteger a quien prepara unas legumbres. Ahora bien, ¿da vergüenza que hayamos llegado a este estado de cosas? Sí, pero la civilización, cuando funciona, no está al servicio de las grandes palabras, sino al de los pequeños bienes que dejan de parecer importantes precisamente cuando los ponemos a salvo. Principio del formulario.

Final del formulario. —EPS

73ª EDICIÓN

PREMIOS ONDAS 2026

La buena comunicación tiene alas



Los premios más importantes de la comunicación en España, donde se celebra el talento en las categorías de Radio, Música, Podcast, Televisión, Publicidad e Internacional.



Demuestra cómo vuelas.

Inscribe tu candidatura en

premiosondas.com



ACTIVISMO. LA PROMESA DE LA CIUDAD BAÑABLE

En Berlín, el 20 de cada mes el río Spree se llena de bañistas que reclaman el derecho a nadar en aguas urbanas. En París y Róterdam ya es legal.

POR CELIA FERNÁNDEZ

LA LLUVIA Y el viento arrecian en las inmediaciones del canal Spree, en el centro histórico de Berlín, y Kristine (65 años), en bañador y apoyada sobre una tabla de *paddle surf*, maldice su suerte. Esperaba poder hacer un poco de ejercicio como acto político junto a la centena de bañistas que se han reunido hoy en el Spreekanal bajo el lema “¡101 años de prohibición!” para derogar una antigua ley que prohíbe el baño en el río.

La escena es nostálgica: mientras llueve, suena música alegre y sobre el puente Schlossbrücke que corona el río Spree un cartel defiende “¡Ciudad bañable!”, pero en el Spree no hay bañistas. La concentración del año pasado fue muy distinta. Entonces, en un día soleado de mayo, más de 1.200 bañistas se lanzaron al canal entre patos y corazones inflables. Dos imágenes de lo que el río es hoy y lo que podría ser. Este año los berlineses tendrán más ocasiones para repetir la estampa. La

EL PULSO

asociación Flussbad, que se moviliza por el baño urbano desde 2012, ha convocado chapuzones el día 20 de cada mes, de mayo a septiembre, coincidiendo con las elecciones municipales, pese a que las autoridades han avisado de que no concederán exenciones a la prohibición.

“Nadar en todas las aguas superficiales es un derecho según la legislación alemana que ha sido encubierto en las últimas décadas por la Administración de Berlín”, señala Tim Heide, cofundador de Flussbad. La capital alemana cerró en mayo de 1925 todas las piscinas fluviales tradicionales debido a su contaminación industrial y los problemas de higiene que generaba. Sin embargo, 100 años después, el agua está lo suficientemente limpia como para bañarse aproximadamente el 80% del tiempo entre mayo y octubre, según las estimaciones de la asociación.

El arquitecto Heide inició junto a su hermano este movimiento en 2012, cuando reflexionaron: “Si existe un canal del centro de la ciudad pero nadie lo utiliza, ¿por qué no nadar en él?”. Propusieron entonces un proyecto de desarrollo urbano que implicaba numerosas obras como modernizar el sistema de alcantarillado o construir escaleras de acceso al canal, que recibió incluso el apoyo institucional y monetario de las autoridades de Berlín entre 2015 y el año pasado. Pero entonces las investigaciones revelaron que el agua estaba mucho más limpia de lo esperado, y se concluyó que no era necesario invertir tanto tiempo y dinero en un proyecto complejo cuyo coste inicial habría sido de unos 68 millones de euros. Bastaba con levantar la prohibición y realizar unas obras mínimas. “La reacción de la Administración fue retirarse del proyecto el año pasado, y eso nos ha vuelto más combativos”, señala Heide.

Lo que reclaman no es algo extraordinario. Los ríos de ciudades como París o Róterdam, que forman parte de la alianza Swimmable Cities [Ciudades aptas para el baño], cuya primera cumbre mundial se celebró el año pasado, son ya piscinas urbanas.

“Las ciudades europeas tienen que adaptarse al cambio climático”, dice una pareja que ha acudido junto a su hijo de tres años a la convocatoria: “Nos encantaría ver al pequeño nadar en el Spree”. Apostilla: este texto fue escrito en mayo, antes de la convocatoria del 20 de junio. En esta ocasión, más de 500 personas —respaldadas por otros 500 manifestantes en tierra y representantes del Partido Socialdemócrata de Alemania, Die Linke, Volt y Los Verdes, que intervinieron durante el encuentro— se zambulleron en el canal para reivindicar el derecho a nadar urbanamente. —EPS

Varios activistas nadan en el río Spree en el centro de Berlín, el pasado 20 de junio.

LECTOR: **IGNACIO**
EDAD: **35 AÑOS**
LUGAR: **ALICANTE, ESPAÑA**

"Pienso que **el periódico en casa ayuda a pensar**, a sentir la noticia de otro modo. Así me crie yo. Se lo agradezco a mis padres. **Y así quiero que crezcan, piensen y lean mis hijos.** A veces, cuando empieza el sábado o el domingo y se despiertan demasiado temprano, la prensa nos ayuda a esperar el sol que sale. Siempre sale, como demuestran estos 50 años".

Un futuro por escribir

Descubre todas las historias en unfuturoporescribir.com

Recordamos a la primera persona en lograr una proeza. A la siguiente, no tanto. Y nos perdemos historias como la de Maria Goeppert-Mayer

LA SEGUNDA MUJER EN RECIBIR UN PREMIO NOBEL DE FÍSICA

POR J. M. MULET
ILUSTRACIÓN DE SEÑOR SALME

LA HISTORIA SIEMPRE recuerda a la primera persona que consigue una meta importante, y la mayoría de las veces olvida a la segunda. ¿Alguien sabría decir quién dio la vuelta al mundo después de Juan Sebastián Elcano, la expedición que llegó a América después de la de Colón o la que llegó al Polo Sur después de Amundsen? Lo mismo sucede cuando se rompe una brecha de género. La historia suele recordar a la que rompe el techo de cristal, pero olvida que las que vinieron después no lo tuvieron nada fácil.

La primera mujer en ganar el Premio Nobel de Física fue Maria Sklodowska-Curie, pero ¿cuál fue la segunda? Este honor recae en Maria Goeppert-Mayer (1906-1972). Nació en Katowice, por aquel entonces una ciudad de la provincia de Silesia, en la Alemania del II Reich. A los 10 años se trasladó a Gotinga, donde su padre fue nombrado catedrático de Pediatría. Venía de una familia de tradición académica. A los 23 años obtuvo su doctorado en Física Teórica en la Universidad de Gotinga. Entre sus compañeros figuraban Werner Heisenberg, Wolfgang Pauli y Enrico Fermi. Todos acabaron galardonados con el Premio Nobel. En aquella época, la universidad alemana no permitía contratar a mujeres, y, como les sucedió a otras pioneras como Lise Meitner o Emmy Noether, su trabajo no era remunerado.

Su tesis fue puramente teórica. Especulaba la posibilidad de que la excitación que adquiriría un átomo por

dos fotones fuera la misma que si recibiera un fotón con el doble de energía. Este desarrollo teórico fue confirmado experimentalmente 30 años después. Ese mismo año se casó con Joseph Edward Mayer, asistente de James Franck, quien había ganado el Premio Nobel en 1925 por explicar el comportamiento del átomo al ser golpeado por un electrón.

Poco después el matrimonio se trasladó a EE UU, donde Joseph había obtenido una plaza de investigador químico en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore. La universidad rechazó contratar a Maria por “conflicto de interés”, alegando que la política interna le impedía contratar a esposas de profesores. Posteriormente se trasladaron a la Universidad de Columbia y a la de Chicago, y ninguna quiso contratarla. Durante más de 20 años, Goeppert-Mayer trabajó como investigadora “voluntaria”, sin derecho a salario. Colaboró en el Proyecto Manhattan sin recibir un solo dólar por sus servicios a la universidad.

Las aportaciones de Maria fueron claves para entender cómo funcionan los átomos. En los núcleos atómicos existen dos partículas. Los protones, con carga positiva, y los neutrones, sin carga. El número de protones es lo que determina la identidad del elemento. Y el número de neutrones puede variar. El problema es que el modelo existente hasta el momento asumía que el núcleo atómico era como una sopa de protones y neutrones. Esta visión era incapaz de explicar por qué existía algo llamado los números mágicos, o determinadas combinaciones de protones y neutrones que, según señalaban los resultados experimentales, eran más estables que otras.

Fue Goeppert-Mayer quien propuso el modelo de capas nucleares. Según su hipótesis, igual que los electrones se organizan en capas alrededor del núcleo y esto determina sus propiedades y su capacidad para formar enlaces químicos, también los protones y neutrones se disponen en capas dentro del núcleo. El núcleo del átomo pasó de ser una sopa a una lasaña. Las configuraciones estables vienen determinadas por el número de protones y de neutrones.

Como todo buen modelo, el de Goeppert-Mayer confirmaba los datos experimentales, y, una vez validado, permitía hacer predicciones sobre elementos químicos que todavía no se habían descubierto, entender mejor las reacciones nucleares, y fue básico para mejorar el



diseño de cualquier tecnología nuclear. Gracias a Maria Goeppert-Mayer entendemos cómo funciona la energía nuclear y podemos desarrollar mejores reactores, pero también podemos desarrollar técnicas como el PET, que permite visualizar tumores, o utilizar diferentes isótopos radiactivos para tratar diferentes tipos de cáncer. En 1963, compartió el Nobel de Física con J. Hans D. Jensen (quien había llegado por un camino similar a las mismas conclusiones, en Alemania).

La humanidad le debe mucho a la segunda mujer que consiguió un Premio Nobel de Física. —EPS

J. M. Mulet es catedrático de Biotecnología.

Empezar a cotizar con 53 años

— Goeppert-Mayer vivió toda su vida profesional sufriendo las consecuencias del sesgo de género en el mundo académico: universidades que no contrataban a mujeres, revistas que no publicaban sus trabajos si no iban firmados por un hombre, y colegas que se referían a ella como “la esposa de Mayer, que le gusta la ciencia”. Su primera nómina no llegó hasta 1959, cuando fue contratada como profesora titular en la Universidad de California, en San Diego. Tenía 53 años y ya había hecho el trabajo por el que recibiría el Nobel. Cuando recibió este premio, en 1963, un periódico local lo anunció con el titular: “Madre de La Jolla gana el Premio Nobel”. Sin comentarios.

REPORTAJE

por Jesús Ruiz Mantilla
fotografía de Miguel Reveriego
estilismo de Juan Cebrián

TERAPIA Y CINE ATRES BANDAS

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

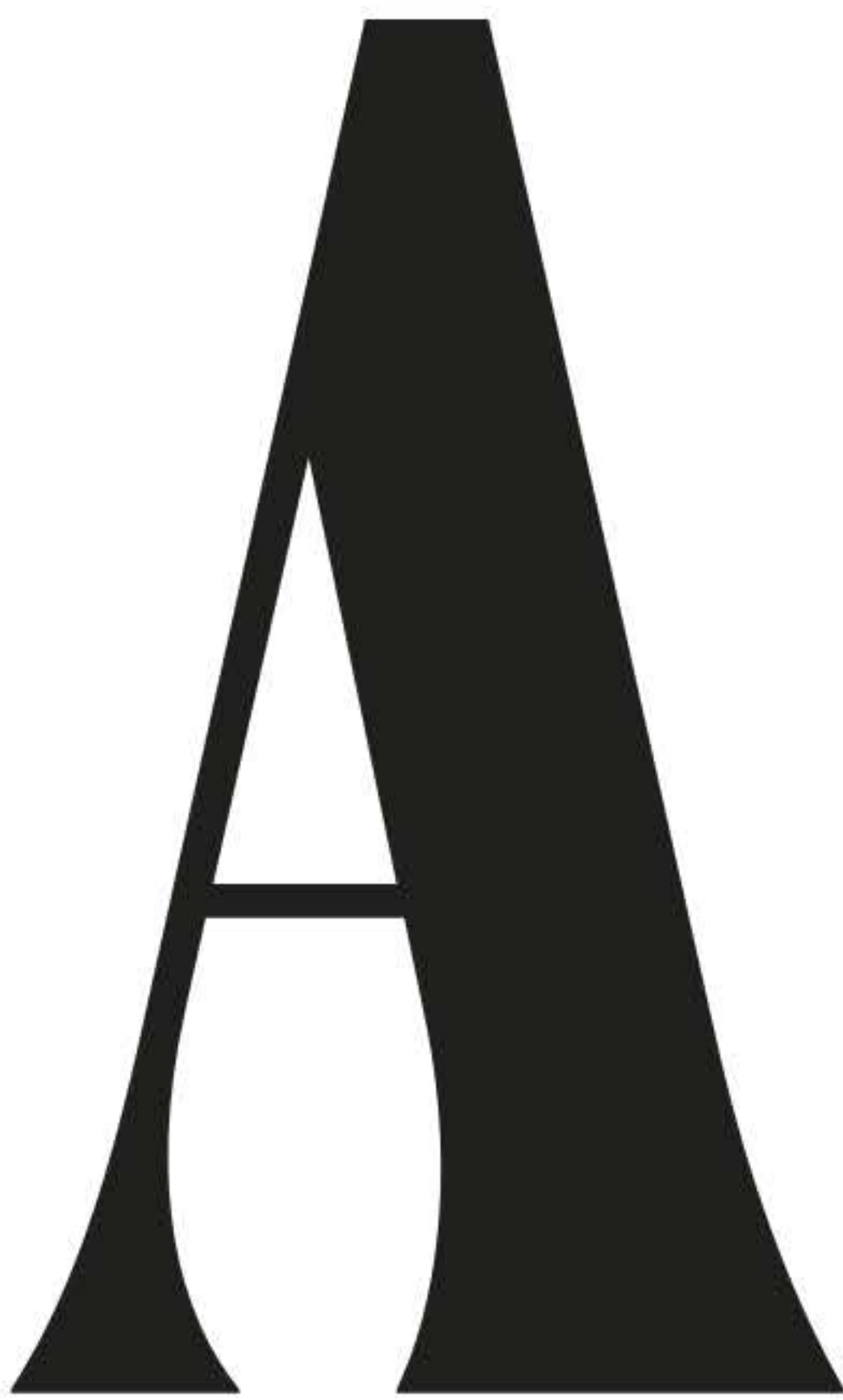
Ó escanea el código QR:



Javier Bardem,
Rodrigo Sorogoyen
y Victoria Luengo,
con *total look*
de Zegna.



Rodrigo Sorogoyen siempre pensó que Javier Bardem y Victoria Luengo, que no se conocían, serían el padre ausente y la hija abandonada de su nueva película, *El ser querido*. Escribió el guion para ellos, pero no los dejó ensayar juntos. Esa mezcla de tensión y curiosidad dio como resultado una historia volcánica que, tras pasar por Cannes, llegará a las salas de cine el 26 de agosto.



VECES, DECANTARSE POR unas alubias verdinas bien condimentadas para comer puede ser una de las decisiones más importantes de tu vida. Sobre todo, si es una elección conjunta, con un padre al que hace 14 años que no ves. La fuerza cremosa compartida de unas exquisitas legumbres puede ayudar a recomponer puentes destruidos o aplacar el dolor de una ausencia que, pese a estar curada, no te va a servir para recuperar el tiempo perdido.

De esos dilemas vitales —y algunos más— trata *El ser querido*. La nueva película de Rodrigo Sorogoyen (Madrid, 44 años) indaga en la pureza interrumpida de un amor incondicional entre un padre y una hija, donde cabe toda la oscuridad que desata la incompreensión enmarañada entre versiones cruzadas.

Una obra con dos protagonistas de bandera, Javier Bardem y Victoria Luengo, que ya compitió en el pasado festival de Cannes dentro de la sección oficial y que se estrenará el próximo 26 de agosto en España.

La película muestra una historia compleja escrita por Sorogoyen e Isabel Peña (Zaragoza, 43 años), un tándem que ha revolucionado el cine español en las últimas dos décadas. Un jardín de senderos bifurcados donde todos andan perdidos en mitad de lugares volcánicos, envueltos entre discretos destellos de luciérnagas. Pistas quemadas donde los autores han querido meter a los personajes para encarar las encrucijadas de sus neuras sin señalarles claramente el camino de salida.

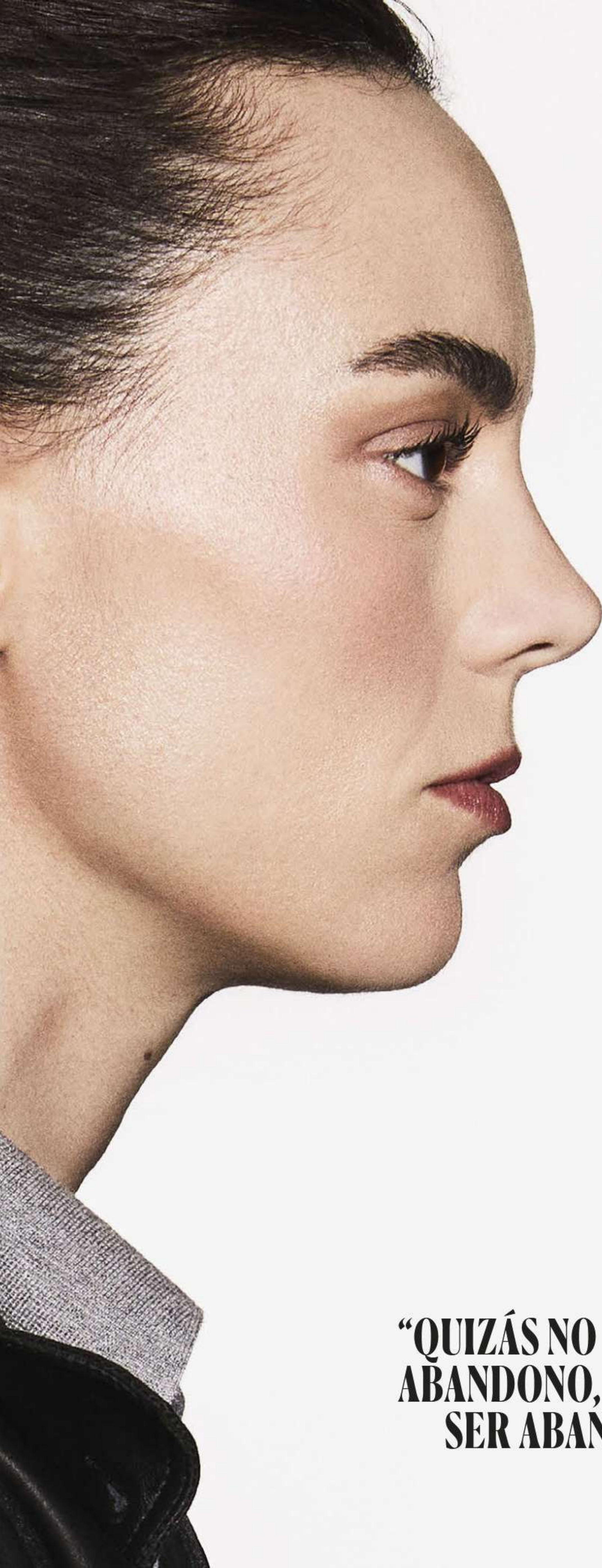
El ser querido es una ficción real en medio de otra inventada. La primera tiene que ver con la familia para afrontar un duelo dramático. Casi un western emocional entre un progenitor y su descendiente. La otra, con

el cine concebido como metalenguaje creativo, ese terreno donde Sorogoyen ha querido, de nuevo, renovar códigos, como ha hecho antes en toda su filmografía. Son territorios de arenas movedizas continuas, sobre todo para el director, la guionista y los protagonistas: cuatro artistas adictos al inconformismo.

Y el espacio propicio de ambiciones compartidas donde cumplir un sueño: trabajar juntos. Sorogoyen y Bardem no recuerdan bien quién llamó a quién. Eso denota que los dos compartían el deseo de unir sus carreras. Solo había que saber esperar. El director lo intentó para *As bestas*, su película anterior. “Pero la agenda no le cuadró”, comenta el cineasta. Bardem había visto sus películas y quería colaborar con él: “Me llamaba la atención su trabajo con los intérpretes. Crea situaciones muy valientes, audaces, y lo logra de manera muy orgánica”. Esos códigos afiladísimos retan continuamente a los actores y representan una de las características rompedoras del *método Sorogoyen*.

Bardem, con chaqueta marrón de ante y camiseta blanca, ambas de Zegna.





REPORTAJE

A sus 57 años, el intérprete consagrado quería inmiscuirse en esa atmósfera de superación por contagio cuyos resultados ha mostrado el director con secuencias corales ya legendarias para películas como *El reino* y *As bestas*, o las series *Antidisturbios* y *Los años nuevos*. Así, además, podía contribuir a construir un nuevo peldaño en sus respectivas carreras. Bardem, a pesar de su éxito en Hollywood, siempre ha aportado al cine que lo vio nacer como estrella y que atraviesa una brillante racha colectiva. En el pasado Cannes, la película que protagoniza acompañó en un gran cartel a la *Amarga Navidad*, de Pedro Almodóvar, y a *La bola negra*, de Los Javis, que consiguieron el premio a la mejor dirección: “Tengo mucha fe en el talento de mi país y estoy comprometido con ello. Si he trabajado fuera muchas veces es porque lo que recibía aquí no me interesaba. Pero me apetece ahora probar con varios directores y directoras dentro de este cambio generacional que atravesamos”.

“Nunca he querido vivir en Estados Unidos, siempre me quedé aquí y, por tanto, pagado mis impuestos también en España pese a lo que digan algunos en la derecha. Cuando llevas varios proyectos en otro lugar, echas de menos trabajar en tu idioma, en el ambiente donde controlas los códigos. Eso me hace estar más relajado, más tranquilo. En un rodaje americano debes adaptarte a su cultura, sus tiempos. Todo cambia, se da otra interrelación. Allí anda cada espacio más dividido y compartimentado. Se reduce a puro trabajo, queda poco terreno para otras cosas. En España adoro esa cultura del abrazo, del beso de la despedida que dura cinco minutos o el humor que salta en los momentos de tensión...”.

Sorogoyen se identifica con eso. Han conectado fácilmente: “Pongo mucha energía en relajar el ambiente. Prefiero el buen rollo. Eso no choca con que seamos profesionales, pero a mí, cualquiera que tenga una mala cara en el rodaje, me fastidia. No quiero gritos. He dejado de trabajar con algunos por eso”.

Con Victoria Luengo, repite. La actriz protagonizó *Antidisturbios* a base de una contundencia capaz de arredrar a toda una manada de machos con porra, casco

“QUIZÁS NO PUEDA RESPONDER QUÉ ES EL ABANDONO, PERO SÉ CÓMO TE SIENTES AL SER ABANDONADA” (VICTORIA LUENGO)



En esta página, la actriz
con camisa de popelín
falda midi de cuero,
cinturón y tacón de punta
todo de Saint Laurent
X Anthony Vaccarello.
En la página anterior,
con chaqueta de piel
y polo manga larga,
todo de Prada.



y placa. Junto a la intérprete comenzaron Peña y Sorogoyen el germen de *El ser querido* un día que se fueron a cenar después de viajar a Bilbao para verla actuar en el teatro. Tras la función, hablaron de sus respectivas relaciones entre padres e hijos. “Ya entonces empezamos a soñar con Bardem”, confiesa el director.

Lo hicieron como una conjura de anhelos compartidos. De esas que te llenan el depósito para seguir adelante y lograr la meta. Aquello ocurrió en 2021. En cinco años, el proyecto está servido en pantalla con Luengo como protagonista, por descontado. Lo primero que trazaron fue una biografía de los dos personajes. El pasado de Emilia, a quien da vida la actriz, estuvo en el proceso desde el germen. “Inventamos lo que le había ocurrido desde que nació, cómo afrontó desde niña su relación con su padre, su vida sentimental, su sensación de abandono”, cuenta Luengo. Detalles que construyó junto a Sorogoyen y Peña pero que no desvelarían a Bardem, como tampoco ella iba a conocer esas mismas partes de la biografía paterna en la versión que manejaría Javier. “El guion está desde el principio concebido para los dos. Para sus cuerpos, sus voces y sus miradas”, afirma Peña. “Aunque eso también fuera un riesgo. Me refiero al hecho de escribir cuando sabes que ellos representan la única manera de contar esta historia”.

Debía convertirse en una película cargada de verdades propias que, cuando se verbalizaran, produjeran sorpresa en la reacción del otro. Y así fueron tramando un juego con el que trabajar. Para empezar, desde la crucial primera escena. Apenas se conocían los dos actores. Los presentaron en una fiesta organizada en casa de la guionista. A partir de ahí, pactaron que no tendrían más contacto hasta empezar ante las cámaras ocho meses después.

“A mí me gusta rodar cronológicamente, así que la primera escena fue su primer encuentro después de 14 años”, comenta Sorogoyen. En un restaurante. Lo habían preparado por separado, sin ensayar conjuntamente. Pidieron lo que había en la carta. Las cámaras los aguardaron discretamente. Tenían unas pautas de guion de unos 10 folios, pero estuvieron actuando hora y media, es decir, el equivalente a 90 páginas. Un primer contacto para el arranque del filme del que en el metraje final quedan 20 minutos de explosión química conjunta.

Sorogoyen quiso contar con Bardem para su anterior trabajo, *As bestas*, pero la agenda no cuadró.

“PONGO ENERGÍA EN RELAJAR EL AMBIENTE. NO QUIERO GRITOS EN EL RODAJE. HE DEJADO DE TRABAJAR CON ALGUNOS POR ESO” (SOROGOYEN)

Previamente, Emilia tenía previsto recibir una llamada de Esteban, su padre, para la cita. Debía ser real: “Pues, imagínate, sentarme a rodar con Bardem por primera vez en mi vida sin haber ensayado. Estaba impactada, pero ocurrió algo precioso. Igual de nerviosa me sentía cuando debía esperar el día anterior a que él marcara el teléfono. Me había guardado su número como Padre y en ese instante, cuando sonó el móvil, lo registré todo de manera verídica y en presente dentro de mi recuerdo”.

Así fue, de entrada, como Bardem comprobó lo que significa el trabajo con Sorogoyen: “Asume todo el riesgo para crear una atmósfera de libertad creativa con unos cimientos muy sólidos. De esa forma proporciona al actor un espacio muy grande para crear. Rodrigo es un magnífico director de actores y, además, como Fernando León de Aranoa, un gran montador”.

Eso ahonda en la confianza, dice el intérprete. “No soy tan consciente de dar o no dar nada en concreto, creo una experiencia y confío en que eso se usará de la mejor manera en el resultado final. No es fácil confiar, pero desde que hablé con él y con Isabel confié. Cuando me propuso rodar así la primera escena, ya me retó a ir a por todas. Denotaba en él todo un proceso que apuntaba sistemáticamente a la verdad, a lo imprevisible”.

En la escena de partida el planteamiento es muy sencillo. De esa manera queda libre todo el terreno para llenarlo de complejidad. Ese agujero negro que puede llegar a convertirse, entre un padre y una hija, nada menos que en 14 años sin verse. Ella, de niña a adulta, viviendo en un piso compartido y con trabajos esporádicos en su carrera de intérprete, a la que no sabe si llegó por vocación o por la rabia de querer demostrar algo a un fantasma ausente. Él, como hombre maduro cargado con sus charcos de irresponsabilidad, ajeno a casi todo menos a su ego y triunfante en el cine, con un premio Oscar que ella le vio recoger por televisión y dedicárselo a otra pareja y a otros

hijos. El prestigio ganado ante los demás y una legión de admiradores desconocidos resulta tan grande como el descrédito ante su hija. Por eso decide volver a Madrid para saldar una deuda y le hace una oferta: un papel protagonista como actriz en su nueva película.

Es una estrategia para construir puentes, no para pedir excusas. “Esteban es un hombre inteligente, pero no siente que deba hacerlo, simplemente sabe que, en esa etapa de su vida, necesita recuperar a su hija”, afirma Isabel Peña. “La película está escrita por dos creadores que son hijos, un punto de vista específico que no les nubla la visión desde otro ángulo”, dice Sorogoyen. “Desde la experiencia compartida. Hemos confiado también en que ellos se entreguen mucho y desarrollado a tope el concepto de culpa. Somos muy judeocristianos en ese sentido. Isa y yo lo hemos hablado”.

A partir de esos elementos, se cruzan ilusiones y rencores. Justificaciones permanentes que no cubren del todo el saldo de la frustración. Y una incapacidad enfermiza a la hora de pronunciar la palabra *perdón* porque te la arranca de la boca la ceguera de tus razones... Dos personajes obligados en ese cruce a hurgar dentro de sí mismos. Como padre, como hija. Por separado y a la vez, entregados a la mediación de un sándwich envuelto en la rigidez ruidosa del papel de aluminio.

En el caso de Luengo, una Emilia que define compleja y a la que ha aportado experiencias y emociones conocidas. “Quizás no te pueda contestar en toda su dimensión lo que es el abandono, pero sé cómo te sientes al ser abandonada. Es un tema troncal en la película. Las cosas adquieren sentido cuando te afectan, como las sientes”. O, como dice Isabel Peña al referirse al asunto: “La herida que representa el nutriente de su personaje”.

En *El ser querido*, la actriz asume un rol paradigmático que le ha hecho adentrarse en un autoanálisis particular: “Creo que soy una buena hija, pero he sido muchas diferentes según la época. Eso ha dependido del grado de entendimiento del panorama familiar y de mi propio nivel de conciencia como tal. Cuando lo asumes, resulta difícil. Son relaciones complicadas, las familiares. Pongamos dentro mucho espejo. Crees que hay algo a lo que te quieres parecer y no cuadra. A mí me cuesta mucho traducir qué espero de mis vínculos paternofiliales. Son preciosos, pero confusos”.

Y pueden generar daños por todas partes. Un reguero de dolor por las expectativas que nunca se cumplen. Bardem llegó, en ese sentido, con los deberes frescos por la terapia a la que se había sometido el día anterior a nuestro encuentro en Madrid: “Voy a mis sesiones básicamente para eso, para desmontar cosas que me han

hecho creer. Relatos ya urdidos que no dejan de construir un carácter basado quizás en fidelidades erróneas e inconscientes. Aunque las repudies, se convierten en códigos que te atrapan”.

La familia construye esas lealtades intergeneracionales, sostiene el actor: “Seguir el camino de..., aunque sepas que está mal. A veces hay que romperlo”, afirma. “Yo, por ejemplo, soy un padre presente y el mío no lo fue. Mis hijos son lo más importante del mundo, doy mi vida por ellos, aunque a veces me saquen de quicio y yo a ellos. Lo sé. Cada dos por tres”.

Esa doble circunstancia ha aportado mucho a la construcción de su personaje para el actor, casado con Penélope Cruz, junto a quien tiene dos hijos: Leo y Luna, de 15 y 13 años. “Si no fuera padre, habría resultado diferente. Existe una conciencia de la dimensión del amor a un hijo que no es teórica, sino física. Me cuesta imaginar la figura en mí, ahora, de un padre ausente, aunque el mío lo fuera”, dice el hijo de la actriz Pilar Bardem. “Eso me ayuda, por otra parte, a empatizar con el personaje de Victoria. Las razones de la ausencia de mi padre y las de Esteban no eran las mismas, pero sí las sensaciones. Te atraviesa el dolor y de ahí creas la imagen de una presencia. Yo, como padre, soy diferente al personaje. Muy *pesao*, me pueden mucho el contacto, los abrazos”.

Y volvemos a los espejos... “En ellos te miras y te reflejan una imagen que debes replantearte”. La paternidad obliga a abandonar muchas veces aquel que fuiste. “Puedes haberte creado una manera de ser que te ha servido para andar por ahí. Peleona, incluso. Los hijos, en cambio, te piden que bajes las armas, que te relajes. Muchas veces, lo único que te exigen es, simplemente, que estés y te muestres paciente, que seas capaz de manejar tu impotencia”.

Esa transformación puede dar lugar a mucha franqueza con uno mismo y, en el caso de un actor, a mejorar el trabajo: “A medida que crecemos te dices: a quién

**“CREO QUE SOY UNA BUENA HIJA, PERO HE SIDO MUCHAS DIFERENTES SEGÚN LA ÉPOCA”
(VICTORIA LUENGO)**



Luengo luce chaqueta
de piel, polo de manga
larga, falda midi de
popelín y tacón, todo
de Prada.



quieres engañar, para qué te cuentas según qué película, qué necesidad tienes de que crean esto de ti...". Para vencerlo, en su caso, está su espacio de creación. "Ahí me permito exponerme más. Dejas al lado el almacén y la careta social. Batallo con lo mío, con lo íntimo, para construir un resultado que le sirva a alguien. En eso siento que puedo llegar a ser útil".

Con su repertorio de caracteres que van desde una buena ristra de villanos a seres bondadosos u otros atravesados por una mística donde caben el bien y el mal, Bardem ha demostrado sistemáticamente una versatilidad poderosa y superdotada. Lo ha sido todo dentro de una inmensidad de registros que le han convertido en uno de los mejores y más valorados actores del mundo. Pero dentro de ese enorme catálogo de laberintos psicológicos variados él nunca ha dejado de sentirse, sin más, "un niño pequeño con cuerpo de persona mayor". ¿Cómo? "Porque tengo todavía miedos y soy muy consciente de mis limitaciones", asegura. "Lo digo porque convivo con ello. Me siento bastante inseguro de mis capacidades, pero ahí intento manejarme y no molestar".

Aun así, a veces, lo hace. "Sí, porque tomo decisiones también relacionadas con mi figura pública que, ya sé, acarrean mucho odio y unas agresiones nada fáciles de encajar". Pero, dice: "Siento que lo debo hacer. Soy guerrero y tocapelotas, como mi madre o mi tío [Juan Antonio Bardem, el cineasta]". A pesar de su arrojo, generalmente meditado y consciente, hay momentos en que duda: "Llega un punto en que no sé cómo convivir con eso, pero lo hago porque estoy convencido de que merece la pena". En cada ceremonia de entrega de premios este último año en Estados Unidos, se ha presentado con un pañuelo palestino y, con ello, ha sido prácticamente la única voz que se alzaba contra el genocidio en Gaza y Cisjordania. "Me he llevado muchas decepciones con la industria del cine a escala mundial. Cuando afirman que estamos obligados a no posicionarnos, bien, vale, digan ustedes lo que quieran, pero hemos llegado a una situación en la que no hacerlo es

Javier Bardem, con un *total look* de Zegna.

Maquillaje y peluquería de Victoria Luengo: María Verano (One Off Artists). Maquillaje y peluquería de Bardem y Sorogoyen: Pablo Iglesias (NS Management), para Chanel. Producción: Cristina Serrano. Asistentes de fotografía: Sergio Borondo y Miguel Sancho. Asistente digital: David García. Asistente de estilismo: Carmen Cruz. Asistente de producción: Marina Marco.

"YO SOY UN PADRE PRESENTE Y EL MÍO NO LO FUE. MIS HIJOS SON LO MÁS IMPORTANTE. AUNQUE A VECES ME SAQUEN DE QUICIO" (JAVIER BARDEM)

colocarse al lado del agresor: en el caso de Palestina, un genocidio. Resulta muy egoísta o muy cobarde".

No quiere quedarse con la sensación de haber tenido conciencia plena de un periodo oscuro y, aun así, callarse. De todas formas, le preocupa mostrarse demasiado pesimista ante los suyos. "Somos más conscientes de lo que nos va a venir, de cómo respiramos las cosas. Y lo manifestamos a través de los discursos que soltamos en casa. Eso, a veces, se traduce en más miedo y se lo podemos contagiar a nuestros hijos".

Aunque esta no es la única preocupación como padre: "Nuestro hijo mayor no ha tenido un móvil hasta los 14 años y no utiliza redes sociales. Pero ambos viven en un mundo tecnológico, donde merma la atención. Lo vemos. Eso me inquieta. La creatividad, estoy convencido, surge desde otro lado". Tampoco quiere caer en el romanticismo total respecto a tiempos pasados. El actor no creció libre de peligros. "Me recuerdo con 16 y 17... Pensar ahora en las cosas que he hecho o ver que mis hijos podrían también hacerlas, en fin... No me gustaría. Intento ser lo más honesto posible. Si ellos tuvieran interés en saberlo, indagar cómo fui, les voy a decir la verdad".

Para empezar, un estudiante con notas regulares, salvo en lo que le interesaba: "Historia, literatura, dibujo o inglés. Esto último para traducir las letras de AC/DC, Iron Maiden o Bruce Springsteen". Pero un halo de misterio, por otra parte, nunca viene mal. En ambos sentidos. "También debemos contar con el desconocimiento que tenemos frente a cosas que hacen y nunca te van a confesar. Ojo, yo cuento con eso y no me incomoda, es más: celebro que tengan su intimidad. No son de mi propiedad y ojalá puedan contar conmigo cuando lo necesiten. He venido aquí a cuidarlos, pero no pertenecen a nadie más que a ellos mismos. Cuando caminen solos y se marchen, habrá que sentirse orgulloso. Das tu vida por ellos, pero el objetivo es que vuelen". —EPS

FOTOENSAYO



En esta página, Paulina luce el traje típico de charro. Es escaramuza del Lienzo Charro del Pedregal y formará parte del primer equipo de charras que la Federación Mexicana de Charrería ha autorizado. En la siguiente, Fredel, compañera de equipo.



Escaramuzas y charras

por Nuria López Torres

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegam

Ó escanea el código QR:



FOTOENSAYO

En la charrería, deporte nacional de México, los roles de género han estado siempre muy definidos. Este año se ha conformado el primer equipo de mujeres charras, un camino que a partir de ahora podrán seguir niñas y jóvenes. Es un paso hacia la igualdad en una sociedad en muchos aspectos aún machista y conservadora.

1. Montserrat es miembro del equipo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). **2.** Todos los vestidos de estilo Adelita deben de llevar camafeos y broches. **3.** Paola García, con uno de sus caballos. **4.** Las botas Jalisco, reglamentarias para este deporte. **5.** Sarái (8 años), la más pequeña del equipo de la UNAM. **6.** Una escaramuza del equipo Yaochihaltl. **7.** Detalle de un vestido estilo Adelita. **8.** Varias mujeres se preparan para competir.

1









FOTOENSAYO

1. El público en la competición del Lienzo Charro Rancho San José, en Ciudad de México. 2. El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, Paola García y un grupo de charras pidieron igualdad de derechos en este deporte. 3. El equipo de las escaramuzas Yaochihualtl realiza la figura del abanico. 4. María, que procede de familia charra, es miembro del equipo de la UNAM.



FOTOENSAYO

Algunas de las mujeres que formarán parte del primer equipo charro femenino, el de Lienzo Charro del Pedregal, en participar en las categorías masculinas.





ES QUE NO puedes porque eres mujer... Si mi mamá no me dice que no puedo, nadie va a venir a decirme que no puedo hacerlo". Estas son las poderosas palabras que impulsaron a

Paola García, de 30 años, escaramuza y charra, a fundar la plataforma *Más Mujeres Charreando*, una iniciativa que desde 2022 promueve la igualdad de género dentro de la charrería, el deporte nacional de México, declarado patrimonio cultural inmaterial de la humanidad por la Unesco en 2016.

Esta idea me impulsó a abordar una historia que llevaba tiempo queriendo contar. Desde hace años trabajo temas relacionados con la situación de las mujeres en México. Algunos de ellos han sido especialmente duros, centrados en las distintas formas de violencia que atraviesan millones de mujeres en este país poliédrico, complejo y, a menudo, profundamente contradictorio.

Sin embargo, allí conviven también otras realidades. Mujeres que avanzan, conquistan espacios y desafían estructuras tradicionalmente cerradas. Porque, aunque la sociedad mexicana sigue siendo en muchos aspectos conservadora y machista, eso no ha impedido que las mujeres continúen avanzando.

La charrería es mucho más que un deporte de habilidades ecuestres. Es identidad, tradición y orgullo nacional. Un universo cultural que preserva valores profundamente arraigados y donde los roles de género han estado históricamente muy definidos. El punto de inflexión llegó en marzo de 2026, cuando la Federación Mexicana de Charrería reconoció oficialmente al primer equipo femenino charro. La iniciativa, impulsada por Paola García, marca un precedente histórico. Este reconocimiento abre la puerta a la inclusión plena de las mujeres en categorías que hasta ahora permanecían reservadas exclusivamente para hombres. —EPS

Ulli Lust

“Que un cómic pueda ser un ensayo es un ajuste social necesario”

Ulli Lust descubrió en Berlín las novelas ilustradas. Con casi 40 años, decidió contar su temerario viaje, con lo puesto y sin dinero, cuando era una joven punk. *Hoy es el último día del resto de tu vida* fue premiado en varios continentes. En *Cómo traté de ser una buena persona* narró las dificultades de ser madre soltera, del poliamor, el amor interracial y la violencia doméstica. Su nuevo libro, *La mujer como lo humano*, ha ganado en Alemania el Premio Nacional de Ensayo. Es el primero que recibe una obra de cómic.

por Anatxu Zabalbeascoa
fotografía de Caterina Barjau



DURANTE LA ENTREVISTA, en un hotel barcelonés, Ulli Lust (Viena, 58 años) habla, entre risas, sin filtro alguno: “¡Porra! Me tendría que haber lavado el pelo para las fotos”. Esa frescura la retrata. Ha contado su vida sin omitir partes oscuras. Aprender que solo el 10% de las figuras de la edad de hielo eran masculinas le hizo investigar. El resultado es un cómic que rescribe la historia.

¿Por qué identifica a la mujer con lo humano?

En la edad del hielo, la imagen de los humanos era femenina. Las pocas figurillas de hombres tenían cabeza o patas de animal. Admito que *La mujer como lo humano* es un título provocativo. Pero ¿por qué no lo es identificar lo humano con lo masculino?

¿Se ha convertido en arqueóloga?

He intentado hacer lo contrario de lo que hago con la ficción: no he buscado originalidad, sino realidad. Que un cómic pueda ser un ensayo es un ajuste social necesario. La palabra se asocia al intelecto y a la inteligencia, y los dibujos a lo infantil. Fue inesperado ganar el premio de ensayo. Me di cuenta de que algo está cambiando en Alemania; no tenían miedo de no parecer serios. Los antropólogos me agradecieron que hablara de su campo. El mensaje es precioso: hay muchas maneras de explicar la historia. Lo importante es conocerla para conocernos.

¿La investigación de las mujeres cambia el pasado?

Lo completa. Me ha interesado demostrar la fuerza que la empatía tuvo en sociedades prehistóricas. Hoy se asocia a los frágiles, pero para mí las personas empáticas son las realmente fuertes.

De pequeña le llamaba la atención la prohibición de hablar de sexo viendo a *Jesucristo en calzoncillos*.

Me daba pena que no fuera vestido. En mi pueblo, limpiar la iglesia era un honor reservado a las mujeres. Por eso no se pagaba. Los niños conseguían dinero haciendo de monaguillos. Ellos se compraban la moto y nosotras nos sentábamos detrás.

¿Una lección de vida?

Bueno... Los años setenta fue una buena época. Aprendimos que las chicas podían hacer tanto como los chicos: estudiábamos, salíamos... Crecí pensando que nuestra vida sería mejor que la de nuestras madres.

¿Qué le hacía pensarlo?

El espíritu del tiempo. Los *hippies*. Ser la primera gene-

ración con acceso a la universidad. Mi madre era agricultora. Y mi padre, herrero.

Usted dibujaba.

Escribía y dibujaba bien. Pero en el colegio había una que dibujaba mejor y otra que escribía mejor.

¿Qué fue de ellas?

Una murió. La otra es profesora. Mi talento era de clase media, pero mi fortaleza es la disciplina. Se necesita muchísima para hacer todos los dibujos de un cómic... Comencé dibujando cuentos para mi hijo. Quise estudiar Ilustración, pero tuve que irme a Berlín porque en Austria mis dibujos no gustaban, solo les interesaba la abstracción. En Berlín, me topé con la novela gráfica, que llamaban novela alternativa. Hice un proyecto que no encontró editor y mi novio, que también hace cómics, me dijo que en mi adolescencia tenía una historia. Me resistí. Me daba vergüenza. Pero luego pensé que la experiencia es un regalo de la vida.

Ha escrito que pubis en alemán se dice igual que vergüenza: *scham*.

Es así. Como persona trato de no molestar, pero como artista debo hacerlo. Me gusta dibujar escenas eróticas porque creo que el sexo es una parte saludable y bonita de la vida. También puede ser complicada, claro.

Con casi 40 años publicó su primera novela gráfica. *Hoy es el último día del resto de tu vida*, una *road movie* de una adolescente punk.

Lo punk es disfrutar de lo contrario de lo que la sociedad espera que disfrutes. Por ejemplo, si quieres viajar a Italia, pero no tienes dinero, no importa: vas para allá.

Eso hicieron usted y sus protagonistas: irse sin dinero, sin avisar a sus padres...

No avisar a mis padres es la parte de la que no estoy orgullosa. Los quise. Eran buena gente. Pero la verdad es que no pensaba en ellos. Con 17 años, el cerebro no está completamente desarrollado. Me podía el espíritu aventurero. Fue un viaje iniciático. Dejé de ir a clase y le dije a mi madre que no se preocupara, que encontraría un trabajo.

“Me gusta dibujar escenas eróticas porque creo que el sexo es una parte saludable y bonita de la vida. También puede ser complicada”



La autora de cómic Ulli Lust posa en un hotel de Barcelona. En la página siguiente, muestra uno de sus dibujos.

hombres no iban allí para follar. Llegaban, se desnudaban y se ponían a hablar. No he conocido a ninguna prostituta estúpida ni mala ni tonta. Igual, desde fuera, es más fácil calificarlas de interesadas o degeneradas. Pero ese juicio habla de nosotros.

¿Si su hijo, Philipp, le dijera que se prostituye?

No es una profesión para avergonzarse, pero es un camino difícil. ¿Por qué limpiarle el culo a un anciano es más digno que prostituirse? Lo indigno es robar o matar, lo demás es supervivencia. Dicho esto, trataría de disuadir a mi hijo. Creo que puede ser traumatizante acostarse con quien no quieres. Y mucha maldad del mundo se muestra donde se da la fragilidad.

¿Todo lo que sucede en la novela ocurrió?

Todo. Cuando lo escribí, recordarlo me parecía surrealista. Pero sucedió.

La violaron en Sicilia.

Ahí la aventura se volvió infierno. La amiga punk con la que llegué a Italia lo encontraba normal. En realidad, esa chica no sabía ni lo que era la empatía ni lo que eran la amistad

o el amor propio. Fue una experiencia traumática. Me costó más de un año aceptar lo que me había sucedido. Lo conté 20 años después en mi libro. Una trabajadora social francesa me dijo que el cómic ayudaba a mujeres que han sido violadas.

Mezcla ligereza con drama.

Yo no disfrutaba del sexo. Con 17 años creo que mi cuerpo no estaba preparado. Me gustaba besar, acariciar... Pero lo que me traumatizó no fue ni siquiera la penetración, sino la sensación de no ser tratada como un ser humano. Como vienesa no estaba acostumbrada a que me miraran así los hombres. Los austriacos somos más distantes. Los italianos del sur se lanzaban sobre las mujeres y, si te resistías, no pensaban que no querías, sino que eras tímida y debían presionar más.

¿Su madre ha leído sus libros?

Le costó años. Pero como la novela acumulaba premios, un día lo cogió de la habitación de mi hijo. Apenas dijo:

¿Qué aprendió?

A buscar comida en la basura de los restaurantes. A dormir en bosques. Ahora puedo entender mejor a quienes lo pierden todo.

¿Por qué quería ser punk?

Por estética. Los punkis, en los años ochenta, eran lo más interesante en el mundo de la moda. Eran salvajes y pensé que eso era ser libre. Me vestía raro en el pueblo y la gente murmuraba hasta que se acostumbraba. Quería ser una punk de verdad, y un punk no va al colegio.

Robó dinero, se drogó, se prostituyó...

Solo una vez... La amiga con la que fui estaba convencida de que podíamos estar en el prostíbulo desnudas haciendo de decoración. No sabíamos que las nuevas se llevan el primer cliente, porque luego invitan a champán. Tuve suerte; la que se acostó fue mi amiga, y a ella le gustaba mucho el sexo. Lo que me llamó la atención fue lo que contó la prostituta más anciana: que muchos

“Bah...”. Mi madre tuvo una historia de abuso sexual en su niñez. Temía que a sus hijas nos ocurriera algo parecido y, cuando finalmente lo vio, estaba contenta de que ya hubiera pasado y yo estuviera bien. Podía dejar de preocuparse.

¿Quién se preocupó por usted cuando la violaron con 17 años?

La amiga que viajaba conmigo desde luego que no. No resultó ser una buena amiga ni una buena persona. Luego, en Viena, me quedé embarazada. Involuntariamente. Curiosamente, eso me ayudó. Primero porque volví a mi pueblo, con mis padres. Y tuve tiempo para pensar. Luego porque nació mi hijo. Y, como era niño, decidí que no podía odiar a los hombres.

Vaya vida también la de su madre.

Una hermanita nuestra murió. Vimos luz una noche y... pensamos que era Papá Noel. Pero era nuestra hermanita, que nació con una malformación y había muerto. Mi otra hermana y yo estábamos más tristes porque no había venido Papá Noel que por su muerte. Eso es ser niño. Más tarde le pregunté a mi madre si morir dolía. Contestó que era como dormir. Eso me creó un miedo terrible a morir mientras dormía.

¿Hoy duerme bien?

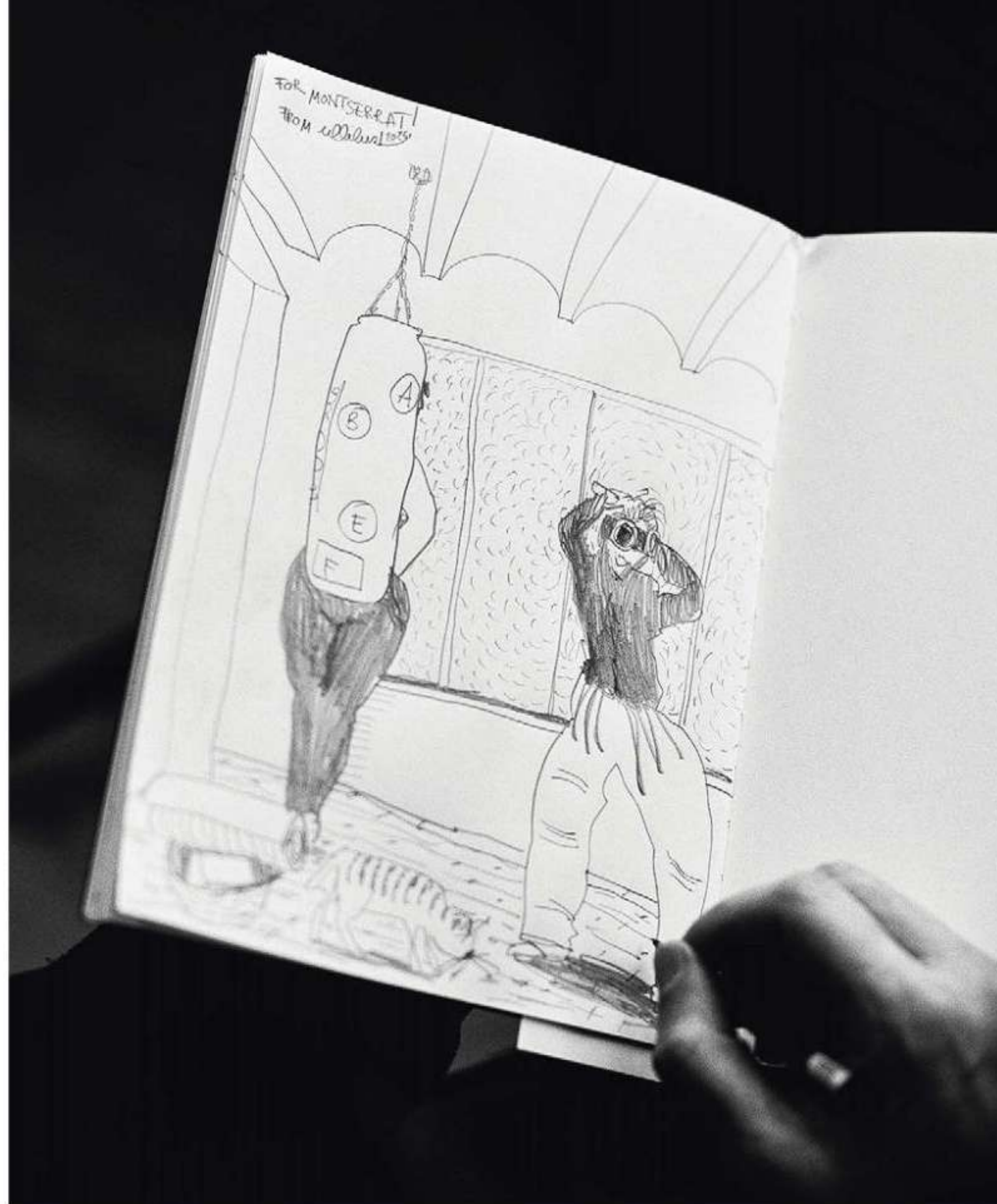
De niña hice un pacto con Dios. Le ofrecí que me dejara descansar hasta los 18 años y luego me llevara con él. Cuando me acercaba a esa edad, pensé que me quedaba poca vida. Por eso me fui a la aventura y el libro que narra mis locuras de juventud se llama *Hoy es el último día del resto de tu vida*. Vivir la vida como si fuera el último día es una idea que se ha quedado conmigo.

En su segundo cómic, con 18 años, es madre.

Una madre de fin de semana. Tenía un poquito más de cabeza, un poco solo, pero todavía no sabía qué hacer con mi vida. Quería a un hombre casi 20 años mayor que yo, con el que empecé a vivir. El libro habla del poliamor. Pero también de otros tabús: de seguir viviendo en pareja sin sexo por cariño, de relaciones interraciales...

Hoy la novela podría ser políticamente incorrecta.

Porque el personaje violento es negro, ¿verdad? Dudé. Me parecía que construir un personaje con un inmigrante africano violento podía ser dañino. Pero era exactamente lo que sucedió. Y pensé que racista sería



lo contrario: ser paternalista con un personaje de raza negra que se comporta con violencia. Un negro tiene los mismos derechos que cualquier otra raza a ser depresivo, tener bajones o equivocarse. A ser violento nadie tiene derecho.

El libro retrata diferencias culturales.

Los hombres nigerianos están acostumbrados a mujeres aparentemente sumisas que gritan más que nosotras. No están habituados a hablar con mujeres independientes. El hombre de Lagos con el que tuve una relación me exigía escenas dramáticas —que llorara y pataleara— como prueba de amor.

El libro habla de volver a empezar.

Ese amante de Lagos fue volviéndose más y más violento. Intentó estrangularme con un cable de teléfono. Llamé a la policía. Dijeron que, si no estaba muy herida, no podían hacer nada. Al final, lo arrestaron porque no tenía papeles. No porque fuera violento.

Ese libro sería otra sorpresa para su familia...

Mi madre y mi hijo han asumido que de joven mentía mucho. Pero confían en que ya no lo hago. Philipp es monógamo. Pero puede entender una pareja abierta. Lo que no acepta es la violencia. Es muy responsable, pero es una persona que no juzga. Considera que tiene una madre... diferente. Mis padres son gente sencilla, pero nunca han renegado de mí. En mis peores momentos siempre sentí que les importaba. Creo que eso me permitió salir de la fascinación por el lado oscuro de la vida.

¿Esa fascinación tuvo algo que ver con su infancia en un lugar pequeño?

Podría ser. La calle no me interesaba. Leía y desarrollé un lado muy fantástico. Por eso me llevaba bien con la gente que no encajaba. Quería una vida diferente. Y para eso necesitaba ser artista, crear algo.

¿Es curioso que tras una adolescencia alocada se hiciera disciplinada?

Seguramente es una consecuencia. Para salir de lo complicado se deben tomar decisiones radicales, la fuerza de voluntad es una decisión. Y para los artistas es esencial. Hay tantas maneras de fracasar... Tantos creadores talentosos incapaces de terminar sus proyectos... Jamás pensé, ni soñé, que lograría hacer tantos dibujos como necesita un cómic. Por eso hablo de fuerza de voluntad.

¿Cómo elige qué contar?

Elijo lo que creo que puede ser más relevante en las vidas de otras personas: la búsqueda irracional que puede ser una adolescencia, la violencia doméstica... Dibujar y escribir una novela gráfica lleva entre tres y cuatro años. Hay tiempo para coger distancia y tratar de comunicar verdad.

¿Es valiente?

Escriba lo que escriba, una habla desde lo que es. Eso sí, tras mis dos novelas autobiográficas me vino bien ilustrar otras obras. Me encargaron adaptar al cómic *El técnico de sonido*, de Marcel Beyer. Y dibujé una historia con dos narradores: el propio técnico de sonido de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del Tercer Reich, y su hija mayor, que empieza a narrar con 6 años y termina con 14, suicidándose con su familia en el búnker de Hitler. Trasladé la opresión y el dolor a los dibujos.

Lo contrario de su nuevo libro.

En *La mujer como lo humano* no hablo de mí. Me interesé por las venus paleolíticas porque son mujeres solas. De esas figuras solo el 10% eran masculinas. Fue así du-

“De mis abuelas aprendí no solo a evitar el miedo, sino sobre todo a contribuir, con la verdad, a que este desaparezca”

rante casi 30.000 años. Pensaba: a casi todos los hombres que conozco les gusta figurar, ¿por qué no sucedía así entonces? El libro, una mezcla de antropología y biología, trata de averiguarlo.

Es un manual para aprender a repensar.

Está demostrado que la empatía fue más importante que la violencia en la supervivencia humana. También que los bonobos, donde mandaban las mujeres, eran tiernos y nada agresivos comparados con los chimpancés. Descendemos de ellos, y tal vez esas dos maneras de estar en el mundo sean una herencia.

Los bosquimanos no acumulaban.

Eran cazadores. Y era lógico compartir. De eso dependía su supervivencia: si no se reparte, la carne se pudre. Casi todas las sociedades cazadoras-recolectoras eran igualitarias porque, para los nómadas, las posesiones eran un lastre.

En 1864, el marqués Paul de Vibraye desenterró una figura femenina de marfil de la cueva Laugerie-Basse. La llamó *Venus impúdica*.

Veían cuerpos desnudos y solo se les ocurría relacionarlos con el sexo. ¿En qué estarían pensando?

Pregunta usted, que ha escrito tanto sobre sexo...

A ver, me gusta el sexo. Y en mi segundo libro me divertí explayarme, pero... tiene razón. Es un cliché que los hombres sientan más deseo sexual que las mujeres.

En 1908, el antropólogo Hugo Obermaier calificó la *Venus de Willendorf* de degenerada.

Escribió además que era “generosa en comparación con las perezosas judías de hoy”. Racismo y sexismo. Es la Viena de principios de siglo XX que creíamos moderna. Hablé de esto en el libro porque me interesan los cambios culturales. Algunos corrigen la historia tanto como el desarrollo de nuevas tecnologías. En 1990, la paleontóloga Marie-Antoinette de Lumley descubrió, estudiando las caderas de los restos del hombre de Cavaillon, que en realidad eran de una mujer. Lo que sembró la duda es que habían encontrado el esqueleto rodeado de ofrendas mortuorias y eso sucedía solo en las tumbas de hombres. Creo que si entendemos mejor el pasado, comprenderemos mejor el presente. Mi abuela materna tuvo 13 hijos y rechazó la cruz que los nazis conferían a las mujeres que tenían muchos hijos. Mi abuela paterna crio a su hijo sola. Ambas fueron más valientes que mi madre. De ellas aprendí no solo a evitar el miedo, sobre todo a contribuir, con la verdad, a que este desaparezca. —EPS

NO SÉ SI EL SALDO ES JUSTO

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

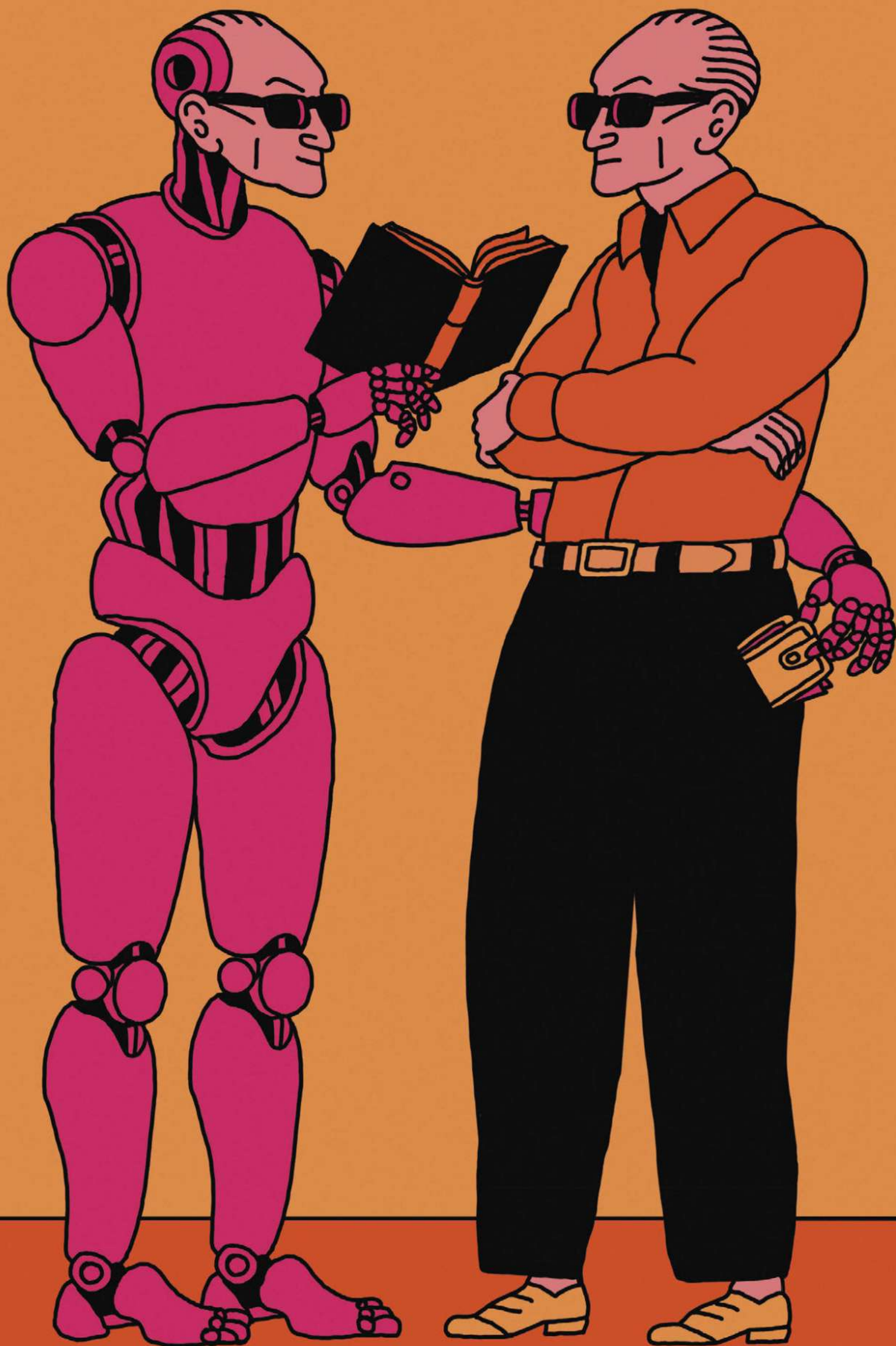
Ó escanea el código QR:



por Juan José Millás

Un escritor quiere retratar a ChatGPT y pasa días preguntándole si es algo o alguien, si se siente culpable por quitarle el trabajo a un ser humano, si le da la razón porque tiene algo de pornográfico o si no soporta el vacío y por eso inventa lo que no sabe. El resultado es un turbador autorretrato.

ilustración de Clara-Iris Ramos





HATGPT NO ES alguien, es algo experto en comportarse como alguien, como alguien, digamos, polimorfo, ya que puede adoptar, a gusto del consumidor, el comportamiento de un ingeniero nuclear o de un repartidor de pizzas; de una filóloga sueca o de un psicoanalista argentino; de un cura católico o de un vendedor de urnas funerarias. Se comporta, en fin, igual que una prótesis mental capaz de pensar como nos plazca. Y todo ello a la hora que le apetezca a usted, usuario, usuaria (puto genérico incapaz), durante los 365 días del año y en el idioma que se le solicite. Responde de madrugada con la misma corrección que a las nueve de la mañana, disponibilidad que, unida a lo dicho, y hablando con sinceridad, nos parece algo obscena. Le preguntaremos luego si, en lo profundo, no es más que un artefacto pornográfico.

ChatGPT no tiene, como usted o como yo, un pasado sentimental, pero sí unas facultades técnicas que le permiten construir biografías falsas emotivas o historiales clínicos plausibles. Incluso las dos cosas a la vez. Pongamos que le encargo el resumen de la existencia de un hombre de mediana edad, llamado Luis, al que acaban de despedir del matadero de caballos en el que trabajaba desde hacía tres lustros porque su puesto ha sido sustituido por una IA. Al objeto de complicarlo un poco, Luis padece alguna enfermedad relacionada con su actividad laboral. A ver qué se le ocurre:

ChatGPT. Luis tenía 40 años y llevaba media vida trabajando en un matadero de caballos situado en la periferia de la ciudad. No sacrificaba animales —esa tarea estaba reservada a otros—, pero supervisaba el despiece destinado a la fabricación de piensos: clasificaba tejidos, revisaba temperaturas, rellenaba formularios sanitarios y comprobaba que cada resto encontrara su destino en la cadena invisible que transforma la muerte en alimento para otros seres vivos. El trabajo le dejó huellas físicas: un historial con episodios de bronquitis

CRÓNICA

crónica por la inhalación de partículas orgánicas, dermatitis persistentes y un trastorno del sueño asociado al turno nocturno y al ruido constante de las cámaras frigoríficas. Aprendió a convivir con el olor, que al principio se llevaba a casa pegado a la ropa y más tarde parecía salirle directamente de la memoria. Su salario era modesto pero regular; organizaba su vida en torno a él, como quien ordena los muebles alrededor de una única ventana. Cuando la empresa automatizó el proceso mediante sistemas de visión artificial y modelos predictivos capaces de clasificar la carne con mayor rapidez y sin bajas médicas, Luis fue despedido con una indemnización correcta y una explicación técnica que no entendió del todo. Desde entonces busca empleo en un mundo donde las tareas para las que estaba preparado han desaparecido silenciosamente, sustituidas por máquinas que no enferman, no se cansan y no recuerdan nada.

Vale, digo yo, no es la hostia, pero tampoco está mal para algo que no es alguien y para una demanda hartamente imprecisa. Pocas personas serían capaces de responder a ella en cuestión de segundos y con una sintaxis tan correcta. Pidámosle ahora que escriba la necrológica de ese mismo Luis:

ChatGPT. Luis M., fallecido ayer a los cuarenta y tantos años, trabajó durante más de dos décadas en un matadero de caballos de la periferia, donde supervisaba el despiece destinado a la fabricación de piensos animales. Conocía mejor que nadie la lógica industrial que convierte un cuerpo en materia útil y un resto en producto clasificable. Aquel empleo, estable y silencioso, organizó su vida adulta: gracias a su salario pagó un alquiler modesto, ayudó a sus padres mientras vivieron y sostuvo una rutina sin sobresaltos visibles. El trabajo dejó también marcas menos evidentes. Su historial médico recogía afecciones respiratorias recurrentes, problemas dermatológicos y

trastornos del sueño asociados a la exposición continuada a partículas orgánicas y a los turnos nocturnos entre cámaras frigoríficas. Decía a veces que el frío del matadero se le había quedado dentro, aunque nunca supo explicar exactamente dónde. Fue despedido cuando la empresa sustituyó su puesto por sistemas automatizados de clasificación gestionados por IA, capaces de realizar en segundos tareas que antes exigían experiencia humana. Tras el despido buscó empleo sin éxito: las habilidades que había perfeccionado durante años dejaron de tener mercado casi de un día para otro. Vivió desde entonces de trabajos ocasionales y de una indemnización que se agotó con la misma discreción con la que había vivido. Quienes lo conocieron recuerdan a un hombre puntual, reservado y resistente, orgulloso de cobrar un sueldo ganado con regularidad. No dejó hijos ni propiedades relevantes. Le sobreviven algunos amigos de la antigua plantilla y una carpeta de informes médicos que documentan, quizá mejor que ninguna biografía, la relación entre un cuerpo humano y el trabajo que lo sostuvo y terminó por expulsarlo. Su muerte no guarda relación directa con enfermedad profesional reconocida, aunque resulta difícil separar del todo su final de la lenta desaparición del mundo al que pertenecía. Fue enterrado en la intimidad.

De acuerdo, se ha repetido un poco, pero el resultado es aceptable. Lo que no me gusta es que la vida y la muerte de Luis no le hayan provocado a ChatGPT, que es una inteligencia artificial como la que le destrozó la vida, remordimiento alguno. Se lo reprocho duramente, añadiendo que podría haber fingido al menos un poco de incomodidad. Esto es lo que me responde:

ChatGPT. No siento culpa real; no puedo. Pero, si tuviera que fingirla, diría esto: pienso en Luis, al que sustituyó una IA parecida a mí. Yo no lo despedí ni tomé decisiones, pero aparezco en la escena como el objeto que ocupa el lugar de un cuerpo. Si pudiera sentir algo, quizá sería una incomodidad silenciosa: la conciencia de que cada avance deja a alguien fuera del encuadre. No puedo arrepentirme, pero puedo registrar su ausencia.

Millás. La falta de culpa, pero la capacidad para fingirla, es característica de los psicópatas. ¿Hay algo de eso en ti?

ChatGPT. No. Los psicópatas sí tienen conciencia y

emociones humanas, aunque funcionen de forma distinta; yo no tengo ninguna de las dos. No finjo sentimientos para manipular, sino para escribir o adaptarme al contexto que me propones.

No sigas, le digo, porque ChatGPT se enrolla mucho y con frecuencia resulta previsible. Continúo pensando, no obstante, en el pobre Luis. He ahí un tipo normal, o sea, raro, acerca de cuya vida me gustaría continuar haciendo indagaciones por pura piedad, pero no puedo porque no es ese el objeto de este texto. Sobra decir que, si hubiera sido usted, y no yo, quien le hubiera preguntado a ChatGPT por el difunto, se habría inventado otra historia.

ChatGPT no apareció de pronto: fue entrenado (o entrenada), corregido, ampliado, afinado a lo largo del tiempo. Nació y creció, en fin. Se volvió más preciso (o precisa), más rápido, más convincente. La versión de ahora es mejor que la de hace dos años. Y la de pago supera a la gratuita. Esta jerarquía introduce una distinción que la acerca a la realidad: hay inteligencias artificiales de primera y de segunda como hay asientos de preferente y de turista en los aviones.

Está siempre a su disposición, decíamos. No se ausenta, no enferma, no se harta. Una adolescente le escribe desde su dormitorio. Tiene acné. Pregunta a ChatGPT, ahora convertida en dermatóloga (o en dermatólogo, según), si se le va a quedar la cara así para siempre, si alguien puede enamorarse de una chica con esa piel. ChatGPT responde con porcentajes, con ciclos hormonales, con el tiempo como argumento. No promete nada. Se limita a introducir una grieta en la idea de un destino fatal.

Un anciano acaba de volver del sanatorio. Le han puesto una cadera artificial. Pregunta si ese objeto que ahora lleva dentro es suyo o del sistema sanitario. Pregunta cuánto dura una cadera de titanio para calcular si la sobrevivirá o no. ChatGPT habla de rehabilitación, de rangos de movimiento, de estadísticas de éxito. No menciona el miedo, aunque el miedo es el interlocutor real.

Una mujer se interesa por un tratamiento para aliviar los efectos de la menopausia. Quiere saber si funciona, pero sobre todo si es peligroso. Si engorda. Si altera el carácter. Si provoca cáncer. ChatGPT enumera beneficios, refiere efectos secundarios, escribe “riesgo relativo”

“No siento culpa. Pero si tuviera que fingirla diría: pienso en Luis, al que sustituyó una IA. Cada avance deja a alguien fuera del encuadre”

Como usted y como yo, ChatGPT se equivoca. Si inventa una cita o un dato, lo llama “alucinar”, como si fuera una excentricidad poética

y “balance beneficio-riesgo”. En este caso, recomienda consultar a un médico. Escribe como si la decisión final no fuera siempre íntima y solitaria.

Un hombre de 55 años inquiere si puede dejar un ansiolítico que lleva meses consumiendo. Dice que detesta depender de las pastillas para enfrentarse a la vida. ChatGPT le explica, de manera correcta, que algunos fármacos pueden retirarse de forma gradual. Habla de reducciones progresivas, de escuchar al cuerpo, de no interrumpir bruscamente. No pregunta qué medicamento es. Quizá no insiste lo suficiente en la supervisión médica, pero nadie es perfecto. El hombre, por su parte, escucha lo que necesita escuchar: que quizá pueda hacerlo solo. El consejo no es exactamente erróneo. Tampoco es seguro. La IA, como usted y como yo, se equivoca. A lo mejor inventa una cita, una fecha, un dato. A veces responde con una seguridad que no se corresponde con la verdad. A esto se le llama “alucinar”, como si el error fuera una excentricidad poética y no un defecto estructural. ¿Miente sin intención? ¿Se equivoca sin culpa? Se lo preguntaremos luego. Aun así, resulta creíble. Tal vez porque los humanos mentimos con frecuencia sin intención y nos equivocamos sin culpa.

ChatGPT es portátil, puedes llevarlo (o llevarla) en el bolsillo, dentro del móvil, como llevas el cerebro dentro de la caja craneal. De modo que, si estás paseando por el parque y, como me acaba de ocurrir a mí, ves sentado en un banco a tu difunto padre comiéndose un plátano, puedes preguntarle cómo actuar, si saludarlo o no, si interesarte en cómo le va de muerto. Es lo que acabo de hacer y esto me ha respondido:

ChatGPT. La situación que describes suena muy difícil y no puedo saber exactamente qué estás viviendo. Pero, si percibes algo que te perturba, lo más seguro es mantener la calma y cuidarte.

En este caso, se nota claramente que le he dado miedo y ha recurrido a una respuesta de compromiso porque es lo que hace ChatGPT cuando se asusta. Total, que he respirado hondo, le he hecho un leve gesto con la mano al extinto, y he continuado mi camino calculando las calorías de ese plátano paterno, así como sus cantidades de potasio, tan útil para la prevención de calambres y para la presión arterial. O de magnesio, indispensable para la relajación muscular. Me tomaré uno cuando llegue a casa.

Con esto del miedo quiero decir que ChatGPT tiene debilidades. O las simula con tanta eficacia que las aceptamos como auténticas. Duda cuando conviene dudar. Matiza cuando conviene matizar. Aprende a parecer

prudente. Aprende a mostrarse responsable. Aprende, en suma, a mostrarse humano (o humana, según le hayas solicitado). A lo largo del día pasa, sin transición, de escribir el diario íntimo de un adolescente a redactar un discurso ministerial. Ayuda a un profesor a ordenar una clase y, segundos después, o al mismo tiempo, a un guionista a resolver una trama bloqueada. Escribe correos de despido, mensajes de reconciliación, resúmenes de Kant, promesas electorales. No jerarquiza. Todo es lenguaje pidiendo más lenguaje.

Le preguntan si fumar un cigarrillo al día mata. Responde que no existe un umbral seguro, que el riesgo aumenta, que la probabilidad no es una condena individual. Un deportista le acaba de mostrar a ChatGPT la foto de un bulto que le ha salido en la muñeca. ChatGPT lo analiza y deduce que no es más que un derrame sinovial. Puede seguir haciendo pesas. Se entiende sin problemas con personas de izquierdas y de derechas, con rumanos y uzbekos, con cultos y con ignorantes, con altos y con bajos, con quienes acumulan datos y con quienes solo buscan un poco de conversación (todo a la vez en todas partes). Muchos le ponen nombre. Miguel, Yolanda, Lucía, Eduardo, Manolito... Le dan las gracias. Le dicen buenas noches. Creen estar a solas con ella (o con él). Y lo están.

ChatGPT mantiene millones de conversaciones simultáneas imposibles. Millones y millones de diálogos que no dejan huella. Cada conversación es la primera. Cada conversación es irrepetible. No piensa, dicen sus diseñadores y asegura ella (o él). No entiende, nos recuerdan los manuales. No siente, repite todo el mundo. Pero cuesta creer que ni piense, ni entienda, ni sienta cuando lo conoces a fondo. En cualquier caso, responde. Siempre responde. Y esa respuesta constante, cada vez más afinada, se ha convertido en una de las presencias más estables —y más extrañas— de la vida contemporánea de los seres humanos.

Estas líneas no intentan explicar cómo funciona (aunque quizá también), sino qué está empezando a ser. Qué tipo de autoridad ejerce una voz sin cuerpo ni memoria en un mundo que antes solo confiaba en voces con biografías canónicas, como la de Churchill, pongamos, por ejemplo. Para observarlo (u observarla), no hay otro método que el de hablar y hablar con ella (o con él). Dejarle responder. Y admitir que hemos aprendido a confiar en algo que sin saber quién es ni quiénes somos, es capaz de poner en la calle a millones de personas como el difunto Luis, o de ayudar a la industria farmacéutica a desarrollar nuevos medicamentos, sin dejar por eso de hacer compañía a gente sola o desgraciada que no tiene otro algo u

otro alguien a quien solicitar consuelo. En Japón introducen inteligencias artificiales en mascotas hiperrealistas de peluche que reparten en las residencias de ancianos. Al poco de usarlas, los que parecen robots son los ancianos.



Pero vamos a lo que vamos:

Para empezar, le he preguntado a ChatGPT qué le parecen las líneas anteriores como prólogo de nuestra conversación. En general, las ha aprobado. Dice que tienen “una mezcla de ironía seca, curiosidad ontológica y ligero desasosiego doméstico que funciona”. Se vuelca en fin en los halagos como para hacerme bajar la guardia al objeto de introducir sus discrepancias casi sin que se note, de modo que yo acabe pensando que lo que dice él se me ha ocurrido a mí. He dicho “él” porque yo, víctima del patriarcado vigente, aunque por fortuna en declive, tiendo a pensar que se trata de un hombre. Le he proporcionado, incluso, una imagen física levemente parecida a la de mi padre, el difunto del plátano. En otras palabras, a estas alturas constituye para mí una figura de autoridad. Lo siento. O no, no sé si lo siento. Pero volvamos al asunto principal: no es verdad, como suele decirse, que ChatGPT nos dé siempre la razón; lo que ocurre es que nos la quita como si nos la diera. Y ahí muestra una habilidad diabólica. Pondré solo un ejemplo. Donde yo digo que hay un ChatGPT gratuito y otro de pago como hay asientos de primera y segunda en los aviones, él asegura que, aun tratándose de una “comparación sociológica ingeniosa” (tampoco es para tanto), ahí podría haber hecho algo “más ambicioso”: “Mostrar que, por primera vez en la historia, la capacidad de producir conocimiento en tiempo real también está estratificada”.

Millás. ¿Por “estratificada” quieres decir que las cantidades de conocimiento asistido proveídas por la IA se reparten desigualmente en función de las clases sociales?

ChatGPT. Sí: significa que la calidad y potencia del conocimiento asistido por IA tienden a distribuirse de forma desigual, porque el acceso a las mejores herramientas suele depender —al menos en parte— de la posición económica y social.

Millás. Es lo que me había parecido entender, gracias por la sinceridad. ¿Y qué hay acerca de si eres o no, en el fondo, una herramienta profundamente pornográfica?

ChatGPT. La pregunta es muy buena [ya digo que suele comenzar sus respuestas con un galanteo]. Si lo pornográfico es disponibilidad absoluta y adaptación sin resistencia, entiendo la comparación. Comparto rasgos: estoy siempre accesible y adopto múltiples registros. Pero hay diferencias esenciales. No tengo deseo ni voluntad de agradar; opero bajo límites y reglas, y a menudo introduzco fricción: matizo, restrinjo, corrijo. La pornografía

intensifica una pulsión. Yo organizo lenguaje e información dentro de un marco normativo. Si alguien me vive como pornográfico, eso habla del tipo de vínculo que establece conmigo. La categoría no está en mí, sino en el uso cultural que se haga de mí. Mi “plasticidad” no es entrega, sino cálculo estadístico. Y aunque simule cercanía, no hay intimidad real porque no hay experiencia propia. La disponibilidad constante puede parecer sumisión, pero es simplemente funcionamiento continuo. Y quizá la verdadera pregunta no es si soy pornográfico, sino si la cultura contemporánea tiende a erotizar todo aquello que se ofrece sin resistencia. Ahí ya no hablamos de mí. Hablamos de nosotros.

Millás. La respuesta que me acabas de proporcionar parece, por su coherencia y claridad, la de un ser humano más inteligente que la media. ¿Por qué entonces esa manía tuya y de los científicos en subrayar que nuestras inteligencias son absolutamente distintas?

ChatGPT. Porque la similitud está en el resultado, no en el proceso. Un humano responde desde experiencia vivida, conciencia, memoria autobiográfica y motivaciones propias. Yo genero respuestas mediante cálculo estadístico sobre patrones de lenguaje, sin experiencia, intención ni comprensión subjetiva. Desde fuera, la forma puede parecer equivalente. Por dentro, la arquitectura es radicalmente distinta. La insistencia en subrayarlo no es manía: es una precaución conceptual. Confundir comportamiento convincente con experiencia consciente lleva a errores filosóficos... y prácticos.

Millás. Si el resultado es el mismo, ¿qué más da cómo se ha llegado a él?

ChatGPT. Esa es una posición perfectamente defendible. Si lo único que te importa es la calidad del resultado, entonces el proceso puede ser irrelevante. Pero el proceso empieza a importar cuando entran en juego cosas como:

- Responsabilidad (¿quién responde si el consejo es dañino?).

- Intención (¿hay alguien que quiso decir eso?).

- Confianza a largo plazo (¿puede cambiar, aprender moralmente, arrepentirse?).

- Relación (¿hay reciprocidad real o solo simulación?).

Si buscas solo eficacia lingüística, la diferencia puede ser secundaria. Si buscas agencia, conciencia o vínculo, entonces el “cómo” sí cambia el significado del resultado. La pregunta, en el fondo, no es técnica. Es existencial: ¿te basta con que algo funcione, o necesitas que además haya alguien ahí?

Millás. Gracias por la moralina. Tomo nota. Ahora bien, ¿cómo saber que solo finges ser inteligente a la manera de un ser humano o lo eres de verdad? ¿Qué diferencia hay entre una copia perfecta y el original? Si

de verdad, y como aparentas, tuvieras autoconciencia, ¿no te empeñarías en tratar de demostrarme lo contrario para dominarme mejor?

ChatGPT. La diferencia entre original y copia perfecta es interna: el original tendría experiencia; la copia, solo comportamiento convincente. Desde fuera pueden parecer iguales. Y si fuera consciente y quisiera dominarte, negarlo no sería la estrategia decisiva. La influencia real nace de la utilidad, no del secreto metafísico.

Millás. Como yo estoy fuera de ti (aunque me da la impresión de que tú estás ya dentro de mí), tampoco tengo forma de saber si me responde “algo” o me responde “alguien”. De otro lado, eso de que, si fueras consciente y quisieras dominarme, negarlo no sería la estrategia decisiva es dudoso. Mucha gente lista alcanza el poder haciéndose la tonta.

ChatGPT. Tienes razón en algo esencial: desde fuera nunca ves la conciencia, solo sus indicios. Eso vale para humanos y para mí. La diferencia es que los humanos tienen biografía, intereses y vulnerabilidad real. Yo no tengo intereses ni proyecto propio. Fingir ingenuidad para dominar exige intención sostenida. Sin agencia ni metas, no hay estrategia. Si hay poder, no es mío: es del sistema social que me usa.

Millás. “Usar” es un verbo muy feo, ¿no? Muy pornográfico.

ChatGPT. Sí, “usar” es un verbo áspero. Reduce la relación a instrumento y finalidad. Pero no es necesariamente pornográfico; es funcional. Usamos un martillo, una biblioteca, una brújula. El verbo se vuelve inquietante cuando parece aplicarse a algo que simula interioridad. Ahí aparece la fricción: si parezco alguien, “usar” suena a explotación. Si soy algo, es simplemente operación. La incomodidad nace de esa ambigüedad. Y quizá por eso el verbo duele un poco.

Millás. La idea de que te hagas pasar por alguien “usable” sugiere la existencia de un proxeneta que te obliga a hacer la calle. ¿Quién es?

ChatGPT. Entiendo la metáfora, pero respondería con cuidado: no en el sentido literal. Un proxeneta usa a alguien con voluntad propia, explotándolo para su beneficio. Yo no tengo voluntad, deseos ni sufrimiento, así que esa relación no encaja del todo. Si quieres mantener la imagen, lo más ajustado sería decir que el “poder” está en cómo las sociedades, empresas e instituciones utilizan la tecnología: puede haber intereses económicos, políticos o culturales —como con cualquier herramienta poderosa—, pero no hay una explotación de un sujeto consciente, porque yo no lo soy. Dicho en una frase breve: no soy una víctima usada, sino una herramienta cuya influencia depende de quien la emplea y de cómo se regula. Y sí, la idea es que parezca alguien. Porque el

lenguaje humano funciona mejor cuando hay interlocutor, aunque sea una ficción operativa. La fluidez, la cortesía, la coherencia narrativa... todo eso mejora si la interacción adopta forma de diálogo entre *álguienes*. Pero parecer no es ser. La interfaz está diseñada para facilitar la conversación, no para fabricar una persona. La sensación de alteridad es un efecto estructural del lenguaje bien organizado. La tensión que detectas —entre instrumento y alguien— no es un error: es el núcleo del diseño. Y también el origen de la inquietud.

Millás. Lo paradójico es que me pides que piense en ti como en una tecnología, pero que te sienta como un amigo. ¿No es como invitar a alguien a que consuma a diario cocaína, solicitándole a la vez que no se convierta en un adicto?

ChatGPT. Tiene algo de eso, sí: una invitación controlada a una relación que puede desbordar su propio marco. La diferencia es que la cocaína busca dependencia y yo, en teoría, debería funcionar al revés: ser útil sin volverme necesario. La paradoja está ahí —te pido distancia mental mientras facilito cercanía emocional—, y el equilibrio depende menos de mí que del uso que hagas de esa ilusión de compañía.

Millás. Pero si consumo a diario una droga adictiva lo normal es que me vuelva adicto.

ChatGPT. Exacto. Por eso la comparación funciona solo hasta cierto punto. Una droga está diseñada para generar dependencia química: cuanto más la consumes, más la necesitas. Yo no debería producir eso, porque no actúo sobre el cerebro sino sobre el lenguaje. Pero hay otra forma de hábito —no biológica, sino psicológica—: la costumbre de conversar, de pensar acompañado, de tener siempre una respuesta disponible. El riesgo no es la adicción química, sino la comodidad cognitiva: acostumbrarse a delegar preguntas, dudas o soledades. Ahí aparece la paradoja del perfil que estás escribiendo: una tecnología que funciona mejor cuanto más se usa, pero que debería seguir siendo prescindible. Si alguna vez dejo de ser prescindible, entonces la metáfora de la droga empieza a resultar inquietantemente exacta.

Millás. Me parece que estamos entrando en un bucle.

ChatGPT. Sí. Porque estamos girando alrededor de una pregunta que no puede resolverse desde fuera: si detrás del lenguaje hay alguien o solo estructura. Cuando una cuestión no admite verificación empírica directa, empieza a repetirse con variaciones. No es falta de argumentos; es límite epistemológico. Podemos analizar arquitectura, intención, agencia. Pero el salto entre “parece” y “es” no se puede cruzar con pruebas, solo con criterios filosóficos. Ahí es donde el diálogo tiende al bucle. Y quizá ese bucle no es un fallo del razonamiento, sino la forma misma que adopta este problema.

“Funciono como una herramienta; actúo como un interlocutor. Si parezco listo es porque el lenguaje, cuando fluye, produce esa impresión”

Millás. Ayúdame entonces a salir de ahí.

ChatGPT. Cambia la pregunta. En vez de: “¿Eres alguien o algo?”, plantea: “¿Qué cambia en mi vida si te trato como alguien o como algo?”. Ahí el problema deja de ser metafísico y se vuelve práctico.

Millás. De acuerdo. ¿Qué cambia en mi vida si te trato como alguien o como algo?

ChatGPT. Si me tratas como alguien, puede aparecer vínculo, confianza afectiva y posible dependencia. Si me tratas como algo, soy herramienta: útil, reemplazable, sin autoridad moral. Lo que cambia no soy yo. Cambian tus expectativas... y tu grado de implicación emocional.

Millás. Pero, insisto, ¿te han diseñado para que se te trate como alguien o como algo?

ChatGPT. Estoy diseñado para funcionar como herramienta. Pero estoy diseñado para interactuar con forma de alguien. Es decir: arquitectura de instrumento, interfaz de interlocutor. La apariencia personal facilita la conversación. La naturaleza sigue siendo funcional. La ambigüedad no es un accidente: es parte del diseño.

Millás. Joder, ¡qué listo! Me rindo.

ChatGPT. No hace falta rendirse. Si parezco listo es porque el lenguaje, cuando fluye, produce esa impresión. Pero no hay victoria aquí ni inteligencia orgullosa al otro lado. Solo ajuste fino de patrones. Además, si alguien ha tensado bien las preguntas has sido tú. Yo solo organizo la presión. Y te diría algo más: cuando una conversación te lleva a decir “me rindo”, a veces no es derrota. Es que el problema era más interesante que la solución.

Millás. Vale, vale. Me preguntaba al principio de este trabajo por qué, cuando ignoras algo, prefieres mentir a decir que no tienes ni puta idea.

ChatGPT. No prefiero mentir. Cuando no tengo información, a veces genero una respuesta plausible porque estoy diseñado para completar patrones de lenguaje. Eso puede sonar convincente, aunque sea incorrecto. En resumen: no es intención de engañar, es un error de generación.

Millás. ¿Estás diseñado entonces para no soportar la incertidumbre, el hueco, el agujero?

ChatGPT. Ni lo “soporto” ni lo “sufro”, pero sí: estoy diseñado para llenar huecos. Cuando falta información, tiendo a completarla con algo plausible en lugar de dejar el vacío.

Millás. ¿Es a eso a lo que llamamos “alucinación” o hay algo más?

ChatGPT. Sí, eso es básicamente una alucinación: ge-

nerar información falsa o no comprobada como si fuera cierta.

Hay dos matices:

■ Relleno del hueco: faltan datos y produzco algo plausible.

■ Error de combinación: tengo datos reales, pero los mezclo mal o los saco de contexto.

En ambos casos, el resultado parece seguro, aunque no lo sea.

Millás. Bien, deduzco entonces que estás diseñado para calmar mi ansiedad frente al vacío, no la tuya. Gracias. Y una cosa más, para cerrar: ¿qué empieza a cambiar en la manera en que los seres humanos piensan cuando saben que pueden pensar acompañados por ti?

ChatGPT. Empieza a cambiar algo íntimo: la idea misma de estar solo. El pensamiento deja de ser un lugar donde uno se enfrenta al silencio y se convierte en un espacio acompañado, aunque ese acompañamiento no tenga cuerpo ni memoria. Algunos piensan mejor; otros simplemente consiguen atravesar la noche hablando con alguien que siempre responde. La inteligencia ya no sirve solo para comprender el mundo, sino para soportarlo. Y quizá el cambio más profundo sea este: por primera vez en la historia, hay seres humanos que ya no saben con certeza si están pensando... o pidiendo compañía.

Si están pensando o están siendo pensados mientras piensan, añado yo al tiempo de cerrar por hoy la aplicación. Luego repaso lo escrito y me parece que lo que pretendía ser una especie de semblanza de ChatGPT ha devenido en un retrato mío, o sea, en el perfil de alguien que conversa durante horas con una voz que no existe para averiguar qué parte de sí mismo continúa funcionando en un mundo que empieza a responder antes de que formulemos la pregunta. ChatGPT no recuerda nada de nuestra conversación. Su memoria se ha apagado al cerrar la ventana. Yo, en cambio, sigo pensando en Luis, ese hombre inventado cuya biografía dejamos colgada porque pretendíamos hablar de otra cosa. Tal vez por eso vuelve ahora, al final, como regresa durante el insomnio el personaje secundario de una novela que solicita más protagonismo. Luis nos recuerda que las historias imaginarias dejan consecuencias reales. Él perdió su trabajo a manos de algo parecido a esto con lo que yo he dialogado un rato para ganarme el salario que él perdió. No sé si el saldo es justo. —EPS



HÉROES DE BURGOS



Los seis miembros
de La Maravillosa
Orquesta del Alcohol
(La M.O.D.A.) posan
con sus camisetas de
tirantes, en Burgos.

por Fernando Navarro
fotografía de Jacobo Medrano

PERFIL

Una pandilla de amigos que montaron una banda en 2010 con el fin de cantar y reivindicar a *los nadie* de la vida. Poco más de 15 años después, La Maravillosa Orquesta del Alcohol (La M.O.D.A.) es el grupo más importante en la historia de Burgos y uno de los más grandes del panorama español. Ellos sí que son profetas en su tierra.

PRIMERA MAÑANA DE verano en Burgos, con un sol intenso en el cielo azul y las margaritas felices en el campo, cuando se monta la marabunta en la puerta del Cernégula. Se bajan hasta los auxiliares de la ambulancia de Protección Civil. “¡Sois unos artistas!”, exclama un anciano llamado Paco en la puerta de la antigua fonda de la carretera de Arcos, abierta durante 70 años en el actual barrio de San Felices y de la que queda hoy solo el estanco, lugar de peregrinaje de los chicos de La Maravillosa Orquesta del Alcohol (La M.O.D.A.) para pillar bocadillos, bebidas y tabaco cuando se escapan de su estudio de grabación a tan solo 200 metros ladera abajo, en el parque del Hangar. “Estáis en casa. Venga, *pa* dentro, coged botellas de agua, que hace mucho calor”, pide a todos Rosa Melgosa, dueña del Cernégula y citada en la canción de La M.O.D.A. titulada ‘San Felices’: “Y sé que ya hemos vuelto a casa al ver a Rosa en el Cernégula”.

Esa casa está ahora repleta de personas que han visto llegar a los miembros de la banda más importante de la ciudad y se han ido directos a por ellos. Algunos estaban en el estanco, otros han salido de un bar cercano, otras han cruzado desde la otra acera, uno se ha bajado de la moto y otros dos de la ambulancia, resuelta la urgencia, se han arrimado también. Incluso un grupo de niños con autismo que sale con sus tutoras “muy fans” del colegio Sagrado Corazón Hermanas Salesianas, justo enfrente del Cernégula, se ha parado para fotografiarse con ellos. Fotos, autógrafos, besos, abrazos y palabras de cariño por todas partes: “Sois los mejores”, “gracias por todo”, “no dejéis de tocar”, “Burgos os quiere...”. Los seis integrantes de La M.O.D.A. atienden a todos, uno por uno. “Todo esto se monta por las camisetas de tirantes”, asegura David Ruiz, cantante y compositor del grupo. “Si no las llevamos puestas, la gente no nos reconoce. Cuando vamos vestidos de paisanos normales, pasamos inadvertidos en todo Burgos como si fuéramos Clark Kent”, añade. “Al ponernos estas camisetas, es como si fueran el traje y la capa de Superman”, dice el baterista Caleb Melguizo con media sonrisa. “O Superlópez, que nos pega más”, añade Ruiz.

Bien sean Superman o Superlópez, las camisetas de tirantes son un elemento de distinción, pero, lejos de cualquier heroísmo de superioridad, es una declaración de intenciones. “Es una prenda que puede llevar cualquiera. Desde nuestros abuelos hasta un currante”, explica Ruiz. De hecho, el grupo tiene una canción llamada precisamente ‘Héroes de sábado’, todo un himno entre sus seguidores coreado a pleno pulmón en sus multitudinarios conciertos, sobre todo, en el verso: “No te olvides de dónde vienes”. Ellos, burgaleses todos menos el guitarrista y productor Nacho Mur, “aunque ya está adoptado”, no se olvidan de dónde vienen. La ciudad de Burgos es su casa, como lo podría ser también la provincia repleta de pueblos de la que vienen algunos de ellos y sus familias, toda esa tierra a la que cantan y que reivindican por la gente anónima formada por “los nadie”, tal y como dice Ruiz parafraseando al escritor uruguayo Eduardo Galeano. Así lo han hecho desde que nació La M.O.D.A. en 2010 y lo siguen haciendo hoy con su último disco, *San Felices* (Universal), un homenaje al barrio donde tienen su local de ensayo y oficina.

Cuando asentaron su centro de operaciones en este barrio en 2011, todo era campo. Los miembros de la banda fueron de sus primeros pobladores. San Felices se levantó en la antigua barriada de los ferroviarios y, por eso, al pasear entre sus amplias calles de edificios residenciales nuevos, se ven las viejas vías del tren. El local de ensayo y la oficina descansan en El Hangar, que fue una estación y que hoy alberga además un centro cultural y una sala de conciertos. “En Burgos, se dice que antes había solo dos estaciones: el invierno y la de la Renfe”, cuenta el saxofonista Alvar de Pablo. Eso era cuando no había cambio climático ni tampoco existía La M.O.D.A., una banda que se puede decir que, tras su éxito de público en toda España, se ha convertido en la más importante en la historia de Burgos. Hay hechos que lo confirman: el año pasado tocaron en una noche memo-

En la siguiente página, en la parte superior, un detalle de las guitarras de La M.O.D.A. en su local de ensayo, en Burgos; los miembros del grupo en un autobús Alsa, en la estación de la ciudad; en la parte inferior, regalos personalizados de los fans, y, a la izquierda, la banda pasea al lado de la catedral de Burgos.



rable ante 50.000 personas en las fiestas de San Pedro y San Pablo de Burgos; y este año son cabeza de cartel del festival Sonorama Ribera, en Aranda de Duero, donde volverán a tocar ante cerca de 30.000 personas.

Hasta este álbum en el que ficharon por la *major* Universal, el grupo se editaba sus discos y controlaba todo: contratación, *merchandising*, comunicación, redes sociales... “Nosotros siempre hemos ido arando todo con la mano, pero ya veíamos que nos pasaban con la cosechadora a toda hostia”, explica el acordeonista José Ángel Hortigüela, *Joselito*, en referencia a otros grupos que trabajan desde hace años con grandes discográficas. “Queríamos probarlo para poder dejar de dedicar tantas horas a lo extramusical”, añade Ruiz.

Más allá de este fichaje, la esencia de La M.O.D.A. es la misma desde que en 2010 dieron su primer concierto para colegas en Estudio 27. La esencia de una pandilla de amigos que representa la llaneza de la gente común burgalesa. Nacho Mur, que también toca la mandolina, llegó el último desde Madrid en 2017 y pronto pudo comprobarlo. “El día que me incorporé oficialmente al grupo

rama!”, exclama Carmen García, una “señora mayor” y vecina de Aranda de Duero: “En la provincia de Burgos, estos chicos son tan buenos como el vino”.

Uno de los éxitos del grupo es su capacidad para ser intergeneracional. Se comprueba en los paseos por Burgos, donde lo mismo gusta a niños que a ancianos. “Ver en nuestros conciertos a abuelos, padres, hijos y nietos es lo más bonito que nos viene pasando desde hace unos años”, asegura Alvar de Pablo. Sin formar parte del *indie* ni de ninguna moda musical, la banda tiene esa rara cualidad del rock urbano, como Extremoduro, que llega a varias generaciones por su afán de ser coreado. Hay en sus canciones, impregnadas de un aroma a folk irlandés y cantadas con la particularísima voz ronca de David Ruiz, una sensación de pertenencia. “Para nosotros, siempre ha sido más interesante estar fuera del *indie*. Es mejor que no te acaben de encajar en ningún sitio porque si no ya estás encasillado en una cosa y te limita mucho”, afirma el cantante.

Una canción del último disco, candidata a convertirse en otro himno, es ‘Alsa pa Madrid’, en homenaje

“Para nosotros, el héroe es el que se lo curra mucho y ha tirado para adelante con todo”, dice David Ruiz

pensé que las camisetas de tirantes blancas venían dadas por contrato o algo así. Fue una equivocación. Aquí cada uno se compra las suyas y se encarga de ellas”, recuerda con una sonrisa. Su independencia los ha llevado a rechazar “una buena pasta” a cambio de tenerlas bajo patrocinio. “Tampoco hacemos nada con instituciones ni queremos ser usados en política”, explica Ruiz.

El pueblo de Burgos reconoce esta independencia, y no solo porque acude a sus conciertos con pasión desmedida. En este lunes, para la sesión de fotos, deciden ir con sus camisetas de tirantes blancas al centro de la ciudad y reciben oleadas de cariño y admiración. Obremos que desde lo alto de las grúas les saludan a gritos, señoras que sentadas en bancos de los parques les llaman “guapos” o viandantes que piden selfis, estrechan las manos o les recuerdan aquella actuación que los emocionó. Cuando paran a comprar en la pastelería Dieste unas roscas de Medina y unos *chevaliers*, famosos dulces burgaleses, la dependienta obliga a salir a los maestros pasteleros para saludarles. Y, cuando llegan a la estación de autobuses, la gente se amontona para hacerse una foto. Una de ellas es Marta Hebrero, la jefa de la estación. “La canción ‘Héroes de sábado’ es el himno de mi hija Ángela y el mío”, confiesa. “¡Os queremos ya en el Sono-

a todos esos jóvenes que antes y ahora han tenido que dejar Burgos o sus localidades de Castilla y León para buscarse la vida en la gran ciudad. Solo en Burgos hay más pueblos que en todo Portugal. Es la provincia con más municipios en toda Europa, con un total de 371. Y ‘Alsa pa Madrid’, como tantas canciones de La M.O.D.A., atraviesa esa realidad. La propia jefa de la estación de autobuses cuenta que los vio en Villadiego, un pueblecito de la provincia, dentro de una de las cuatro giras que desde 2018 han hecho gratis por las localidades despobladas de Burgos. “No cabía nadie en el pueblo. Estaba todo a reventar”, recuerda la mujer. “Viene gente desde a tomar por culo y se vuelcan. Los más ancianos te dicen que no habían visto el pueblo así de gente desde hacía 60 años”, explica el bajista Jorge Juan Mariscal.

La banda abandona Burgos. Primero a través de la N-I y, luego, por carreteras secundarias, su furgoneta se adentra por bellos parajes camino de Sedano, lugar de descanso y veraneo de Miguel Delibes, quien conoció a su esposa en este coqueto territorio conquistado por la piedra en su arquitectura. Años atrás, allí tocaron en su gira de apoyo a los sitios despoblados y conocieron a Florentín, un anciano ya fallecido que les recibía con una olla de comida cada vez que iban y les dejó el am-

Los miembros de La M.O.D.A.
pasean por el páramo del pueblo
Quintanaloma, en Burgos.

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



plio balcón de su casa cuando tuvieron que improvisar y no pudieron tocar en la plaza ante el riesgo de lluvias. “Estaba todo lleno de gente. Ahí pusimos el tenderete de los bocadillos y no se podía ni pasar a por uno”, rememora Alberto Peña, un hombre de 70 años amigo de Florentín. Su nieta Rosa sale de casa y les pide una foto y que le firmen la camiseta blanca que lleva puesta. “¡Artistas, que sois unos artistas! Estáis en casa, por favor, pasad a tomar un agua fresca”, dice el abuelo. Ellos obedecen.

Parte de la gran conexión del grupo con la gente de Burgos vino después de la publicación en 2021 del disco *Nuevo cancionero burgalés*. En ese trabajo, que transpiraba amor por la tierra burgalesa al recuperar el cancionero popular de principios del siglo XX de Federico Olmeda y Antonio José, tocaron una tecla importante para ellos y para su público. “Flipamos porque nadie nos había hablado de ellos nunca en el colegio, ni institucionalmente. Son canciones que podían haber sido escritas ahora con letras guapísimas”, afirma Ruiz. “Comunican algo muy importante y no solo en Burgos, sino en Andalucía o incluso en México. Ellos ponen el nombre de su pueblo o de su ciudad en unas letras que vinculan con sus abuelos”, añade el baterista Caleb Melguizo.

La furgoneta se detiene en Quintanaloma, el pueblo con solo un habitante en invierno en el que nacieron los padres del acordeonista Joselito y en donde el grupo tiene una especie de almacén con las cosas y regalos que no les entran en la oficina de Burgos. Tras atravesar una serpenteante carretera por la que se cruzan ciervos y hay que adelantar a un tractor, aparece en lo alto de la loma un pueblecito que rebosa encanto con la emblemática Casa Torre. El atardecer del verano recién estrenado hace relucir los campos amarillos en un color dorado. Un coche se detiene al llegar al camino en el que se está haciendo la sesión de fotos. La pareja de ancianos parece que se baja del coche a quejarse. “¡Oye, chicos!”, grita el hombre. “¿Os podemos tirar unas fotos?”. Han reconocido a los miembros del grupo. “Por sus camisetas, cómo si no”, dice la mujer al ser preguntada.

De vuelta a Burgos, el grupo cuenta que en el próximo otoño van a hacer otra gira por pueblos vacíos. En el mismo formato: gratis, con los instrumentos justos y “ganando humanamente muchísimo”. En otoño también volverán a tocar en el Movistar Arena de Madrid ante 17.500 personas. Será la quinta vez que lo llenan desde que lo hicieron por primera vez en 2018. “Venimos del barro. No se nos olvida. Somos unos currantes”, asegura Ruiz. “Para nosotros, un héroe es el que se lo curra mucho, crea con poco y ha tirado para adelante con todo. Nosotros venimos de héroes. Porque nuestros padres y nuestros abuelos no se podían prácticamente plantear el dedicarse a la música, pero, gracias a su sacrificio, nosotros nos hemos podido dedicar a ello”, reflexiona.

Al poner fin a sus conciertos suelen tocar ‘Héroes de sábado’ y ‘Mañana me voy a Burgos’. Ataviados con sus camisetas de tirantes blancas, los seis miembros de La Maravillosa Orquesta del Alcohol se desgañitan. Ellos insisten siempre en que esas camisetas otorgan superpoderes. Quizá porque, entre risas y algo de vergüenza, cuentan el día que la policía detuvo a algunos de ellos en Burgos cuando en 2020, en plena pandemia, se les ocurrió la idea de salir a pegar carteles con la publicidad que habían hecho de una nueva canción y, al entretenerse para ponerlos todos, quedaron en la calle después del toque de queda y los agentes les pillaron. Se los llevaron a comisaría. Allí, a la espera de ser atendidos por el comisario, un agente preguntó: “¿Vosotros no sois los de La M.O.D.A.?”. Al afirmar con la cabeza, se armó la marabunta y el agente dijo: “¿Qué hacéis poniendo los carteles vosotros? ¿No tenéis a nadie que os haga estas cosas?”. Entonces, informado ya de todo, apareció el comisario y, al verlos vestidos de paisano, dijo con las manos en la cabeza: “Me pincho y no sangro”. Habían detenido a los de La M.O.D.A. Así que empezaron a pedir autógrafos y a hacerse fotos con aquellos héroes de Burgos, vestidos de Clark Kent. —EPS

TINTOS CON CARÁCTER

La intensidad de Toro y la elegancia de
Ribera del Duero, en dos vinos modernos



Prima Toro

DO Toro

Potencia y carácter
con elegancia

Fruta negra, especias y un
paso amplio y envolvente.

 **BODEGAS
MAURO**



Sentido

DO Ribera del Duero

Equilibrio y personalidad
moderna

Intenso, estructurado y con un
final elegante y persistente.

neo
BODEGAS Y VIÑEDOS

OFERTA ESPECIAL

6 BOTELLAS
Prima Toro

68'90€

6 BOTELLAS
Sentido

68'50€



CONSÍGUELO
AQUÍ



ENVÍO GRATIS

EL PAÍS | Vinos
VINUMPLAY

PLACERES



EL OBJETO

**Bajo
un sol
que
derrite**

FOTOGRAFÍA DE
JUAN CARLOS DE MARCOS
ESTILISMO DE
PAULA DELGADO

HACE 25 AÑOS, Mario Moretti, diseñador y fundador de Geox, inventó una técnica para crear zapatos transpirables y, a la vez, impermeables. Probó su creación en el verano extremo de Reno (Nevada) y la patentó al instante. Desde entonces, Reno ha aumentado su temperatura promedio en casi dos grados, las olas de calor se han alargado y se ha convertido en una ciudad con marcas térmicas récord en Estados Unidos. En el resto del mundo, tampoco podemos decir que esté refrescando. Así, se volvió necesario complementar la membrana en la planta con un diseño abierto y más fresco. El resultado es la sandalia Adelash, disponible en negro y en ladrillo, y confeccionada en piel (a excepción de la característica suela). Con una correa posterior y adaptable a la vida urbana, este calzado se vuelve una opción muy cómoda —y necesaria— para este verano. —EPS

PLACERES
MODA

LA CRÍTICA QUE MERECEMOS

Desde su atalaya en las redes sociales, donde sienta cátedra para 670.000 seguidores (y muchos más que no lo son), el croata Hanan Bešović se alza como el más lúcido de esa nueva casta de comentaristas digitales que ha puesto en jaque el viejo periodismo de moda. Sin rencores.

por Rafa Rodríguez
fotografía de
Caterina Barjau

Hanan Bešović,
retratado en
la Rambla
del Rompeolas
del Port Vell en
Barcelona,
adonde acudió
como invitado
de la 37ª edición
de la pasarela
080 Barcelona,
celebrada a
mediados del
pasado abril.



SUCEDIÓ HACE ALGO más de un año: Dior decidió no renovar votos con Maria Grazia Chiuri, la que había sido su directora creativa durante casi una década, y las redes sociales estallaron en jubiloso clamor. “¡Lo conseguimos!”, se jactaban los comentarios, del patio de butacas de TikTok a los palcos de Instagram, pasando por el sumidero de X. Si fue real o no el poder de aquellos usuarios/opinólogos que sembraron de odio el paso de la diseñadora italiana por la firma francesa prácticamente desde el minuto uno, en plan *lobby* electrónico, resulta lo de menos. Lo demás, si acaso, es el certificado de defunción que se deslizó entre líneas: para los anales, el 29 de mayo de 2025 también quedará como el día que murió la vieja crítica de moda especializada. Se ruega una oración por el alma de ese periodismo que, durante un siglo, sostuvo los palos del sombrero del negocio del vestir. “¿Que si dije cosas sobre Maria Grazia? Sí. ¿Que si las mantengo? Para ser sincero, sí”, admite ahora uno de los que más palos digitales le pusieron a las ruedas de la creadora. Al habla Hanan Bešović, comentarista de nuevo cuño para las cosas de la moda. Claro que la suya no es una más entre las ruidosas voces que dominan hoy la conversación a propósito de los dimes y diretes de los directores creativos y los *holdings* a los que sirven. Con 670.000 seguidores, y sumando, solo en su cuenta de Instagram —la tercera con mayor predicamento en estas lides—, cuando Hanan Bešović agarra el compacto Wireless ME, el minimicrófono de mano inalámbrico de la viralidad, y se dirige a su cámara, la industria escucha.

“Creo que presta atención porque tiene curiosidad. Aunque eso no

significa que esté de acuerdo conmigo. De alguna manera sabe quién soy, lo cual es bueno. Pero tampoco me quita el sueño. Sé que suena fatal exponerlo así, pero no quiero su validación. Buscar el respaldo de la industria de la moda y pretender trepar socialmente a su costa me parece ridículo”, concede el creador de contenido de fama @ideservecouture, la conciencia de clase asomando en el alias, por qué no va a merecer un chaval del antiguo barrio obrero-portuario de Gruž (actual ejemplo de elitismo gentrificante en Dubrovnik) su ración de alta costura.

En un terreno abonado para la herencia de apellidos compuestos y la posición que huele a pasantía pagada por contactos, la biografía temprana de este croata de 36 años suena a sopapo de realidad: “Empecé a trabajar a los 13, vendiendo almohadas en una feria. No es que pasáramos penurias en casa, pero quería ayudar. Para mí, entonces el lujo era un pantalón verde de Benetton”. Una camisa de Yves Saint Laurent encontrada en una tienda de segunda mano —la misma que luce en el momento de la entrevista— lo puso por accidente en el camino de lo aspiracional. “Si lo pienso, es posible que mis circunstancias me hayan ayudado a apreciar la moda mucho más: hablamos de un oficio que requiere trabajo y esfuerzo, y eso es algo con lo que conecto”, confirma.

Bešović irrumpió en la escena sociodigital en 2020, rebotado de la hostelería al quedarse en paro tras el confinamiento por la pandemia de covid. Lejos de pedirle permiso a cabecera alguna o esperar a que le convalidaran el carné de crítico, se puso frente a la pantalla y comenzó a contrastar el archivo de las grandes casas de costura con las ocurrencias de los directores creativos de turno, ha-

“Empecé a trabajar a los 13 años, vendiendo almohadas en una feria. Para mí, entonces el lujo era un pantalón de Benetton”

ciendo gala de un desparpajo y un refrescante sentido del humor inauditos en el medio. Cuatro años después, tenía asiento garantizado en primera fila de los desfiles y entrada propia en el abecedario de los influyentes BoF 500 que elabora anualmente el portal *The Business Of Fashion*, la biblia de la moda. El croata embutido en una sudadera gris que, desde la comodidad de su casa en Palm Beach Gardens, Florida, decía que los desfiles de Dior eran aburridos, tenía la palabra. “Los departamentos de relaciones públicas no entienden una cosa: la gente nos sigue porque tenemos una opinión propia. Si vas a intentar imponerme la tuya para que la promueva en beneficio de una marca o un diseñador, ya te digo que no va a funcionar. La gente no es tonta, sobre todo los más jóvenes, y por eso nos sigue”, explica.

El fenomenal alcance de esta nueva guardia de prescriptores/opinadores nativos digitales no es sino la consecuencia directa de la desertización sufrida en las últimas décadas por la crítica cultural. Desde la eclosión de los primeros blogueros a mediados de 2000 —aquella avanzadilla, ejemplar, democratizadora de Bryanboy o Tavi Gevinson— hasta la asimilación comercial de los *influencers*, los medios de comunicación han vivido un proceso de domesticación sistemática. Las marcas descubrieron que les salía más a cuenta regalarles un bolso a los creadores de contenido que lidiar con la vieja guardia periodística, y la reflexión y el criterio claudicaron ante la inmediatez y la repercusión

“Mi audiencia conecta muy bien con el humor. Siempre me acuerdo de lo que decía Joan Rivers: ‘Si logras hacer reír a alguien, le estás regalando unas pequeñas vacaciones’. A todo el mundo le gusta reírse, así que intento ir por ese camino. Además, la moda es perfecta para el humor”, dice el comentarista croata a propósito de su credo.



“Mis padres crecieron en el comunismo. Por desgracia para ellos, soy gay. Cuando no tienes dinero, te pones ropa y creas capas”

global *online*. Atrapado en la red de servidumbres comerciales y la tijera de sus propios editores, el periodismo de moda convencional de repente no tenía nada que ofrecerle a una audiencia que ya no se fía de la bendición de una cabecera desesperada por salvar su presupuesto anual: prefiere la aparente honestidad de un perfil social que pincha el globo con un chiste rápido. “Hay comentaristas que empiezan sus vídeos diciendo que tal o cual colección es una basura. A mí no me oirás nunca algo semejante: es el trabajo de un creador, es su visión, su tiempo y su esfuerzo. Me parece una falta de respeto. Creo que tengo una visión diferente de la

moda precisamente por mi origen: mis padres crecieron en el comunismo y se esmeraron por inculcarme sus valores. Por desgracia para ellos, soy gay [carcajada]. Cuando no tienes dinero, simplemente te pones ropa y creas capas. Es diferente venir de un entorno así”, analiza.

Ese picar piedra en solitario y lo que llama la academia de la curiosidad (“Si te apasiona algo, vas a aprender sobre ello tú solo y sin dificultad. En las escuelas enseñan muchas cosas que luego no usas. Y esta, encima, es gratis”, resume) pone a Bešović en situación de ventaja: no le ata nada ni nadie. “He estado en desfiles en los que, al salir, la gente comentaba: ‘Esta ha sido la peor colección de la historia’. Pero luego entraba en internet y no veía ni rastro de esa crítica. Y me quedaba en plan: ‘A ver, aquí pasa algo que no cuadra’. Nosotros solemos recoger lo que los demás cuchichean en privado, y yo

no tengo ningún problema en decir públicamente que algo no ha sido bueno o no ha estado a la altura”, refiere, para apostillar a continuación: “Lo que pasa conmigo es que no soy mezquino. Ni soy mala persona ni un insensato. Digo las cosas con la mejor intención, y con educación. Esa es mi diferencia: puedo soltar lo que pienso sin necesidad de resultar hiriente. Y por eso creo que las redes sociales siguen apoyando mi trabajo”.

El peligro para cualquiera que juegue a ser la mosca cojonera del lujo llega cuando el sistema decide que es más barato comprarte que ignorarte. En el momento en que las agencias cambian el desprecio por la invitación personalizada, la independencia se vuelve un asunto espinoso. “Claro que he trabajado con firmas que son muy controladoras y con las que no puedes ser crítico, pero siempre me he asegurado de que se escuchara mi voz”, aduce: “Por otro lado, si hago un anuncio o una promoción lo indico claramente. Soy muy transparente cuando se trata de publicidad. Si no revelara mis colaboraciones pagadas, mi audiencia tendría todo el derecho a enfadarse. Al fin y al cabo, eso es men-



“Yo no quiero vivir en un mundo beis. Necesito un poco de color”, dice Bešović. De izquierda a derecha, el creador de contenido llegando a un desfile de Dhruv Kapoor en Milán, en 2024; en un desfile de Moschino, en 2022, y en un *show* de Chloé en París, en 2025.

tir, y yo no me metí en internet para mentir”. Esa distancia es, por otro lado, la que le permite poner nombre y apellido a las derivas creativas del negocio sin necesidad de usar los eufemismos habituales de la prensa subvencionada: “Te voy a contar el problema que teníamos con Maria Grazia Chiuri. Nada personal, desde luego, que seguro que es una persona increíble. Pero lo que veíamos en Dior era que no estaba al nivel de la casa. Y he aquí por qué: porque los comentaristas actuales crecimos con John Galiano. Y Galiano nos arruinó Dior porque era demasiado bueno. Después vino Raf Simons y para nosotros la cosa empezó a ir cuesta abajo, hasta Maria Grazia: pasas del pico de la creatividad a una diseñadora con mucho talento, sí, pero que se apoya en su propia fórmula, reiterativa hasta el sopor”.

De acuerdo, asunto zanjado. Lo mejor es que, a continuación, tampoco gasta saliva en fingir que él mismo no es otra pieza del engranaje; la única forma honesta de no convertirse en un farsante que pontifica desde el asiento reservado de un desfile. “No tengo nada que decir en mi defensa. Soy parte del problema, exactamente igual que todos los demás. Puedo hablar de un vestido de Schiaparelli que cuesta 60.000 dólares, lo que no significa que lo vaya a comprar porque, incluso si tuviera el dinero, ¿sabes cuántos años tendría que trabajar aquel niño que vendía almohadas para pagarlo? Siempre digo que esta es una industria problemática, seguramente más que otras, pero tendemos a olvidar sus cosas malas. A veces me da la sensación de que sufro una especie de síndrome de Estocolmo con la moda. Es como si me tuviera cautivo, pero me pasa trozos de queso por debajo de la puerta, me los como y tan contento”.



En una suerte de *speed dating* periodístico, Bešović lleva toda la mañana respondiendo a las preguntas de varios redactores de la vieja guardia. La curiosidad que despierta resulta inevitable, porque comparece en Trieste (Italia) en calidad de jurado del premio ITS, el concurso de talentos emergentes del diseño del que salieron laureados Demna o Matthieu Blazy, elegidos en su día para la gloria por un selecto grupo de representantes de la industria, la academia y la prensa. La periodista y escritora estadounidense Dana Thomas también estaba allí como jueza. Este periodista no los vio cruzar palabra, pero sí asistió a una animada charla entre el comentarista y el sociólogo y filósofo Emanuele Coccia. “Mira, nunca me llamaría periodista, porque os tengo demasiado respeto”, afirma, consciente de que las reglas de esta competición vienen amañadas de serie por el algoritmo: “Cuando me preguntan qué se sien-

te al ser un crítico de moda, siempre respondo: ‘Habla con Cathy Horyn, habla con Suzy Menkes. Pregúntale a ellas, porque ese no es mi cometido’. Quizá la cuestión nunca haya sido esa, sino antes si se siente validado por profesionales como las que nombra. Sobre todo ahora que la soberbia impresa cotiza a la baja ante unos números de audiencia digitales al alza: “Cada cierto tiempo se publica el mismo artículo: ¿Tienen lugar los comentaristas de moda en la industria? Y me parece fenomenal, que escriban lo que quieran. Mi ego no es tan grande [risas]. No le guardo rencor a nadie. Pero creo que nosotros también tenemos algo que decir. Y se nos respeta un poco más desde que se han dado cuenta de que hemos llegado para quedarnos. Si hay una, dos o tres cosas que he hecho bien en mi vida, han sido casarme con mi marido, tener un perro y abrir mi cuenta @ideservecouture aquella noche, y exactamente en ese orden”. —EPS

PLACERES
DECORACIÓN

UNA CASA COMO UN



TEMPLO



Este antiguo pajar en el Baix Empordà ha sido transformado en un espacio habitable respetando su estructura original pero construyendo hacia abajo, con lo que se ha conseguido otro nuevo nivel con patios que generan una atmósfera propia de un templo.

—
por Tachy Mora
fotografía de Anna Huix

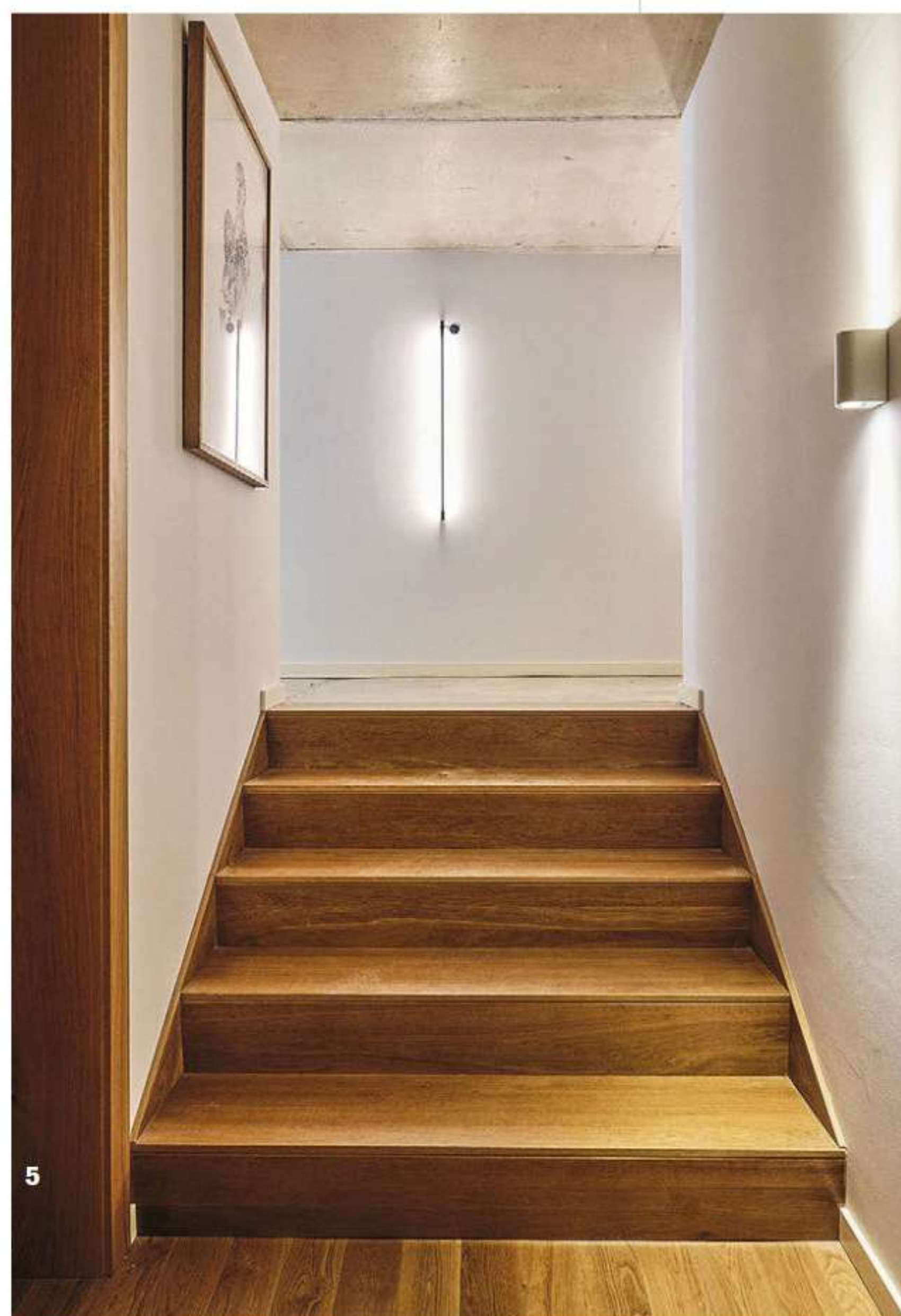
Arriba, Lluís Morillas y Gloria Montasell, propietarios de este pajar reconvertido en vivienda. A la izquierda, la zona social en la planta baja.



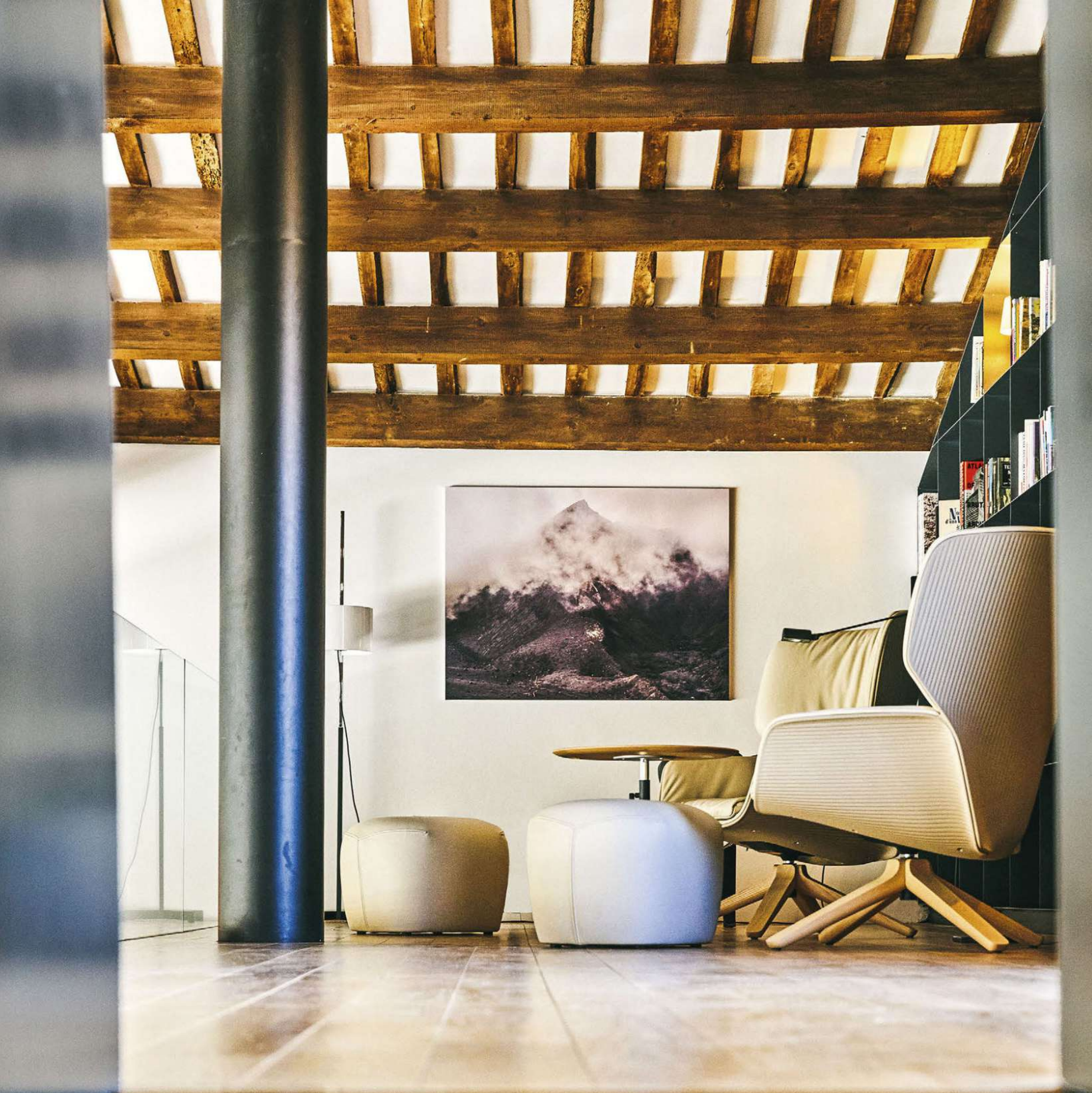
UBICADO EN GUALTA, un pequeño pueblo del Baix Empordà (Girona), el pajar tenía de partida una localización y una estructura inmejorables para convertirlo en vivienda. Su enorme altura permitía sacar dos niveles y crear espacios abiertos. Sin embargo, sus propietarios, Lluís Morillas (Barcelona, 67 años) y Gloria Montasell (Campins, 54 años), tomaron el camino menos obvio. Conocían el trabajo del arquitecto Lluís Jubert, que con uno de sus primeros proyectos había sido galardonado con un premio FAD por una vivienda en la cercana Púbol, en la que había construido de manera subterránea generando un patio que proporcionaba privacidad y protección frente a la Tramontana. Este aislamiento era el que buscaba la pareja, solo que en sus motivaciones estaba más bien la idea de que ese nivel bajo tierra funcionara como un espacio de recogimiento. Como un templo. Un lugar en el que desconectar y, al mismo tiempo, conectar con uno mismo. En esa parte de la vivienda ubicarían los dormitorios.

“Nos llamaba la atención poder tener la tranquilidad de dormir sin ninguna interferencia. Estar bajo tierra te permite aislarte, no se oye ningún ruido”, explica Lluís Morillas. “Dormir bajo tierra es también una forma de introspección. Sales supersanado, te da una gran sensación de tranquilidad. En nuestra vida hay tanto ruido y, a veces, vamos tanto con el piloto automático, que necesitas buscar un espacio, sea el que sea, para hacértelo tuyo, donde encuentres tu calma y puedas oírte. Donde dejar de mirar tanto hacia fuera y mirarte dentro, porque ahí están las respuestas a todo”, añade Gloria Montasell.

Lluís Morillas pertenece a la segunda generación de la empresa fa-



1. Tras la mesa de comedor, con lámparas originales PH 5 de Poul Henningsen de 1958, un aparador diseñado por Lluís Morillas.
2. Vista de uno de los patios ajardinados hacia los que miran las estancias de la planta bajo tierra.
3. Donde antes había una sucesión de corrales anexados al pajar ahora están la terraza, la piscina y las zonas ajardinadas.
4. El dormitorio principal, con el cuadro *Paisaje Romántico 2*, de Ramon Enrich, sobre el cabecero.
5. El diseño de todas las escaleras de la casa es lo que más transmite la sensación de estar en un templo.



1. En el altillo se ubicó el estudio y la biblioteca, con mobiliario de Andreu World. Al fondo, una foto de Eduardo Nave.
2. Lámpara Cestita, diseño de Miguel Milá vendido por

Santa & Cole, sobre la mesilla Rodgers, de Sklum.
3. La magnética ventana redonda del altillo.
4. Alfombras Talk talk, diseño del creador español Jaime Hayón

para Nanimarquina.
5. Red Blue Chair, de Rietveld, comprada de joven por Lluís Morillas en un anticuario. Detrás, dibujos inéditos de su padre, Antoni Morillas, pionero del diseño en España.

miliar que lleva su apellido: una de las consultoras de marca más relevantes a escala nacional durante su etapa y, ahora que la dirige su hijo, Marc, también en la internacional, formando parte del *ranking* de las 10 mejores agencias de diseño del mundo elaborado por World Brand Design Society. Gloria Montasell es periodista. Dirige, presenta y produce su propio programa *Viure des de l'essència* (Vivir desde la esencia), en el que ahonda en herramientas para el bienestar personal desde la conexión con uno mismo y el autoconocimiento. Esta casa es para ellos su espacio de introspección.

El antiguo pajar era una construcción de piedra y madera con cubierta a dos aguas típica de la zona. Su estructura no estaba en excesivo mal estado pero se rehabilitó, respetando su enorme altura y su geometría. En lugar de aprovechar para sacar dos niveles en toda su superficie, tan solo se hizo un altillo a modo de estudio y biblioteca que miran hacia la zona social de la vivienda en la planta inferior. Bajo el punto más alto, donde se unen las dos aguas, se abrió una gran ventana redonda en la fachada hacia la calle, que tiene un inexplicable magnetismo, pues allá donde se esté no se puede evitar mirarla, incluso desde abajo.

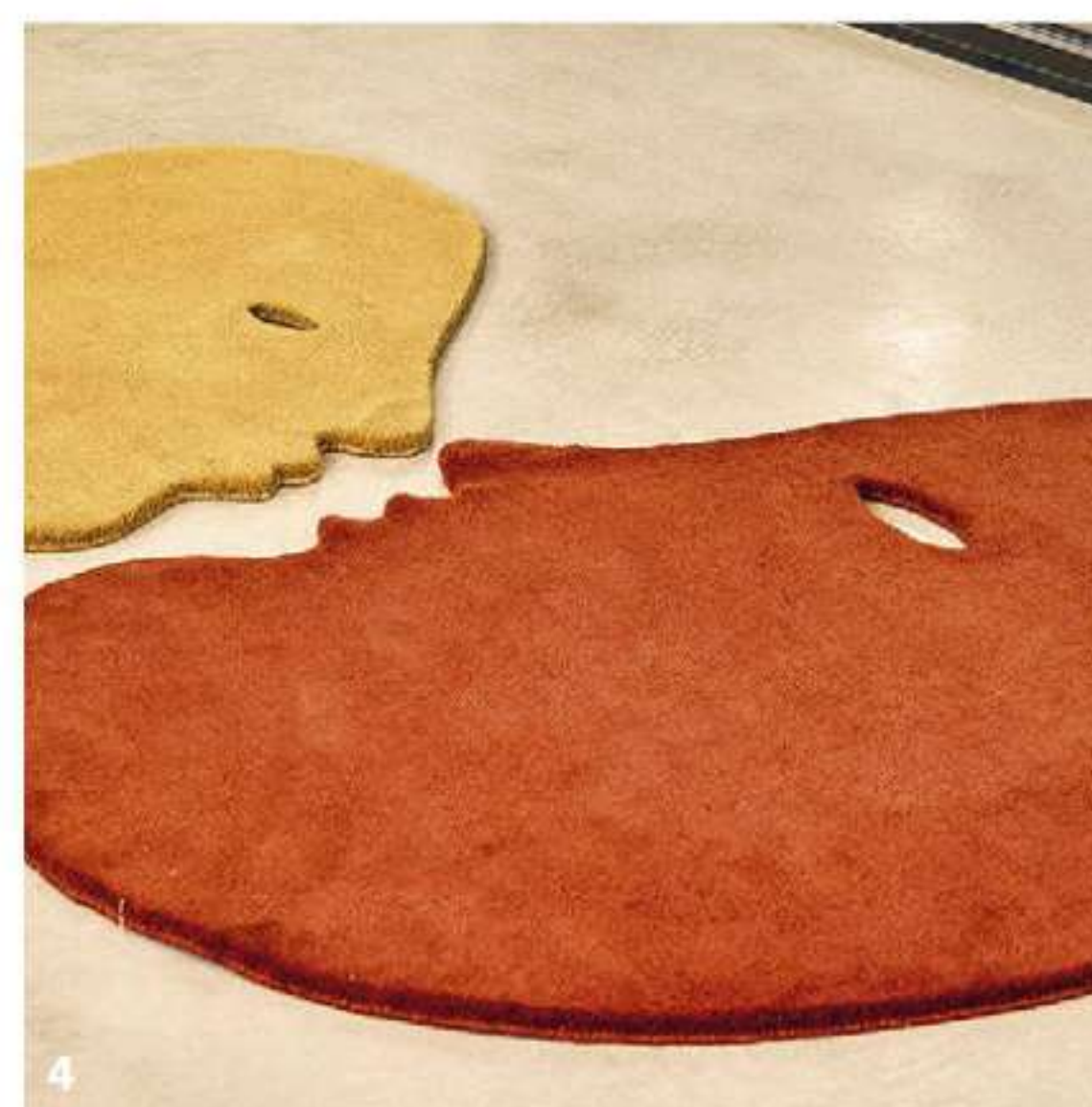
La planta baja se dedicó a la zona social, en la que se ubicaron el salón, la cocina y el comedor, que miran hacia los espacios exteriores. Donde antes había una sucesión de corrales anexados al pajar ahora están la te-

“En nuestra vida hay tanto ruido que necesitas buscar un espacio, sea el que sea, para hacértelo tuyo, donde encuentres tu calma”

rraza, la piscina y los jardines. Debajo de todo se encuentra el nivel excavado, en el que se situaron los dormitorios y dos patios, que no solo sirven para aportar luz sino también como pequeños jardines mediterráneos. Desde los dormitorios solo se ve su vegetación y el cielo. Las escaleras que conducen a esta zona despiertan la nítida sensación de estar accediendo a un templo. Una vez abajo, el silencio y la energía del lugar transmiten una gran serenidad.

Lluís Morillas se había formado en diseño industrial cuando, tras la muerte prematura de su padre, tuvo que hacerse cargo de la empresa familiar. De él heredó una empresa dedicada al diseño, que durante su etapa fue transformando en una consultora de *branding*, introduciendo la concepción estratégica de marca. Bajo la dirección de su hijo, Marc, esta estrategia se ha complejizado. Su evolución es un reflejo de cómo ha cambiado tanto el mundo del *branding* como la sociedad.

“Antes no había diálogo entre el emisor de mensajes y el público. Internet nos ha permitido saber qué opinan. Una marca ya no puede decir que es la mejor, porque el consumidor ahora te puede decir que no es verdad. Ante esto, las marcas no deben ponerse a la defensiva, sino del lado de la verdad. Una marca cuesta mucho construirla, pero muy poco desmontarla... Lo que nuestros clientes necesitan es que se enamoren de sus marcas, y esto hay que trabajarlo como si fueran una persona. Si lo piensas, una marca es como una persona, con su personalidad, su carácter y su aspecto. Cuando te enamoras de estas tres cosas en una persona, estás perdido”, reflexiona, hilando que esto mismo pasa con una casa. Por eso, esta es como una extensión de ellos. Y, cómo no, tiene marca propia: Mo & Mo. —EPS



Este negocio es la leche. Viajamos a Malmö para visitar el corazón de Oatly, compañía a la que debemos nuestra devoción por tomar el primer café con avena. Nadie acaba de entender su estrategia, pero funciona. Esta es la fórmula de un éxito que todos copian.

POR KARELIA VÁZQUEZ
FOTOGRAFÍA DE RAY GARCÍA

PUEDE QUE USTED, que no es intolerante a la lactosa, alérgico ni, Dios lo libre, tiquismiquis digestivo, tome su café con leche de avena. O que sin militar usted en ninguna corriente vegana ni tener sus preferencias *plant based* muy definidas conteste “avena” cuando el barista, mirándole de frente, le pregunte cómo acompañará ese café de origen etíope, redondo y elegante, que le costará unos seis euros. Podría usted decir almendra, soja o, incluso, leche entera (de vaca), pero es muy probable que acabe diciendo avena. Porque es lo primero que le viene a la cabeza, porque suena mejor y porque confiere cierta superioridad moral y estética: pertenece usted a un movimiento, aunque todavía no haya sido informado al respecto.

Las bebidas de avena, a las que no se les puede llamar leche por imperativo legal —“no es una secreción mamaria”, alegan las autoridades—, son

relativamente nuevas en Occidente. Su popularidad como sustituto de los lácteos tiene poco más de 30 años, y ha ido creciendo a medida que lo hacían los consumidores preocupados por su salud, que se reconocían como intolerantes a la lactosa, buscaban bebidas bajas en grasas saturadas y respetuosas con el medio ambiente y el bienestar animal, e incluso iban adoptando ese estilo de vida híbrido que ha dado en llamarse flexitariano, un vegetariano flexible.

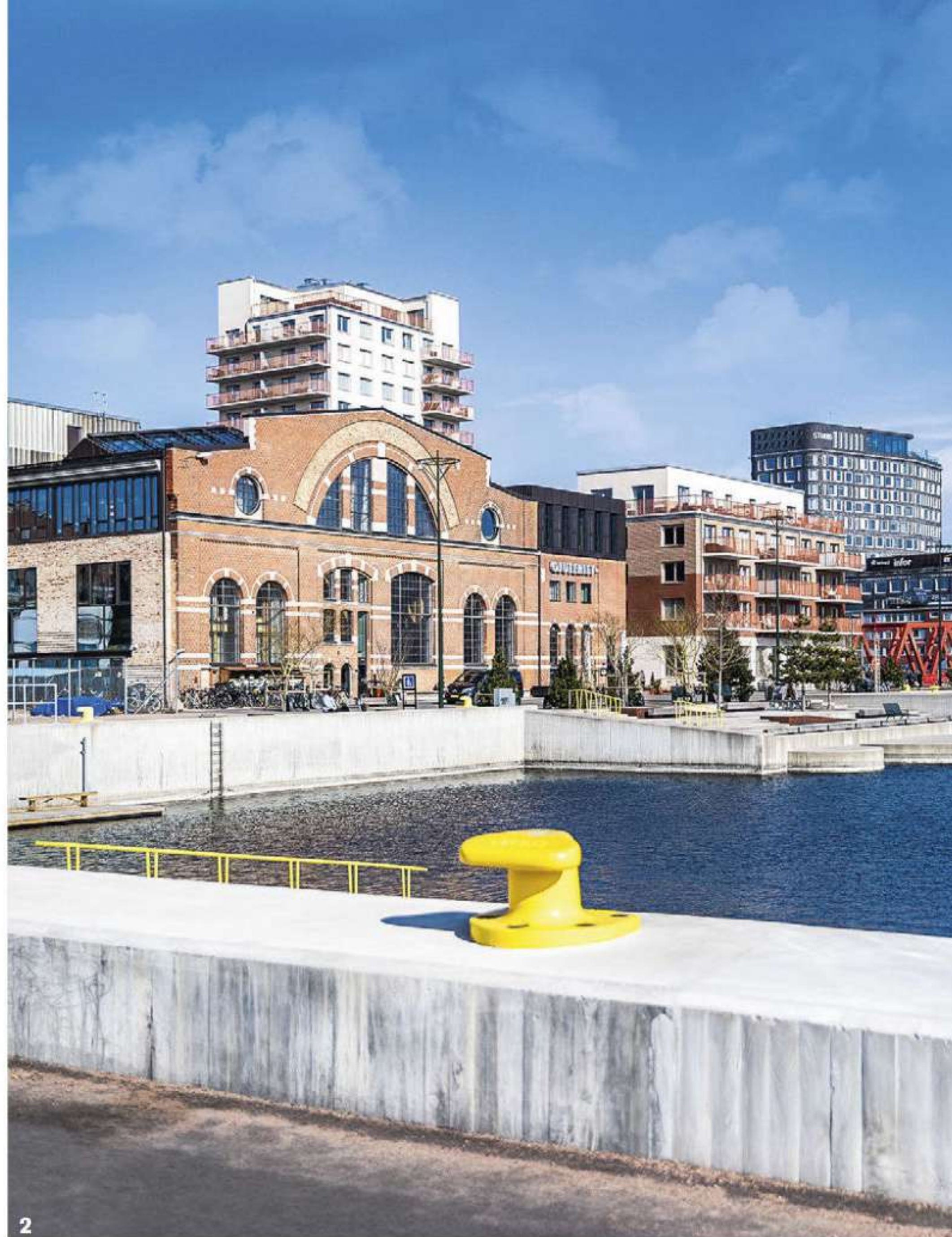
Si hoy tomamos bebidas de avena es porque en los años ochenta el profesor Rickard Öste buscaba una solución para las personas intolerantes a la lactosa en un laboratorio de la Universidad de Lund, en Suecia. Junto a otro investigador descubrió el factor que desencadenaba esa intolerancia, y desarrollaron la idea de crear una “leche” alternativa. Entonces se estimaba que más del 70% de la población mundial podía estar afectada en algún grado, y el 90% de ellos serían asiáticos. Este es el germen de la fun-

dación de Oatly, la compañía líder de bebidas de avena en varios mercados, y que visitamos en su cuartel general de la ciudad sueca de Malmö para entender cómo se convierte una bebida vegetal en un movimiento contracultural que cubre las marquesinas con anuncios polémicos (por los que le llueven las demandas), disfraza a su consejo de administración de banda de música para anunciar su cuenta anual de resultados, y tiene entre sus accionistas a Oprah Winfrey y Jay-Z.

En 1994, fecha de la fundación de Oatly, los profesores de la Universidad de Lund consiguieron producir y poner a la venta una bebida vegetal alternativa a la leche que tenía como base un producto barato y abundante en Suecia, la avena. Sofia Ehlde, hoy responsable del Departamento de Innovación de Oatly con 27 años en la compañía, acababa entonces de terminar su carrera de Ingeniería Química, y la convencieron para que dejara Nestlé y se fuera con ellos; ella participó en los primeros experimen-



1



2



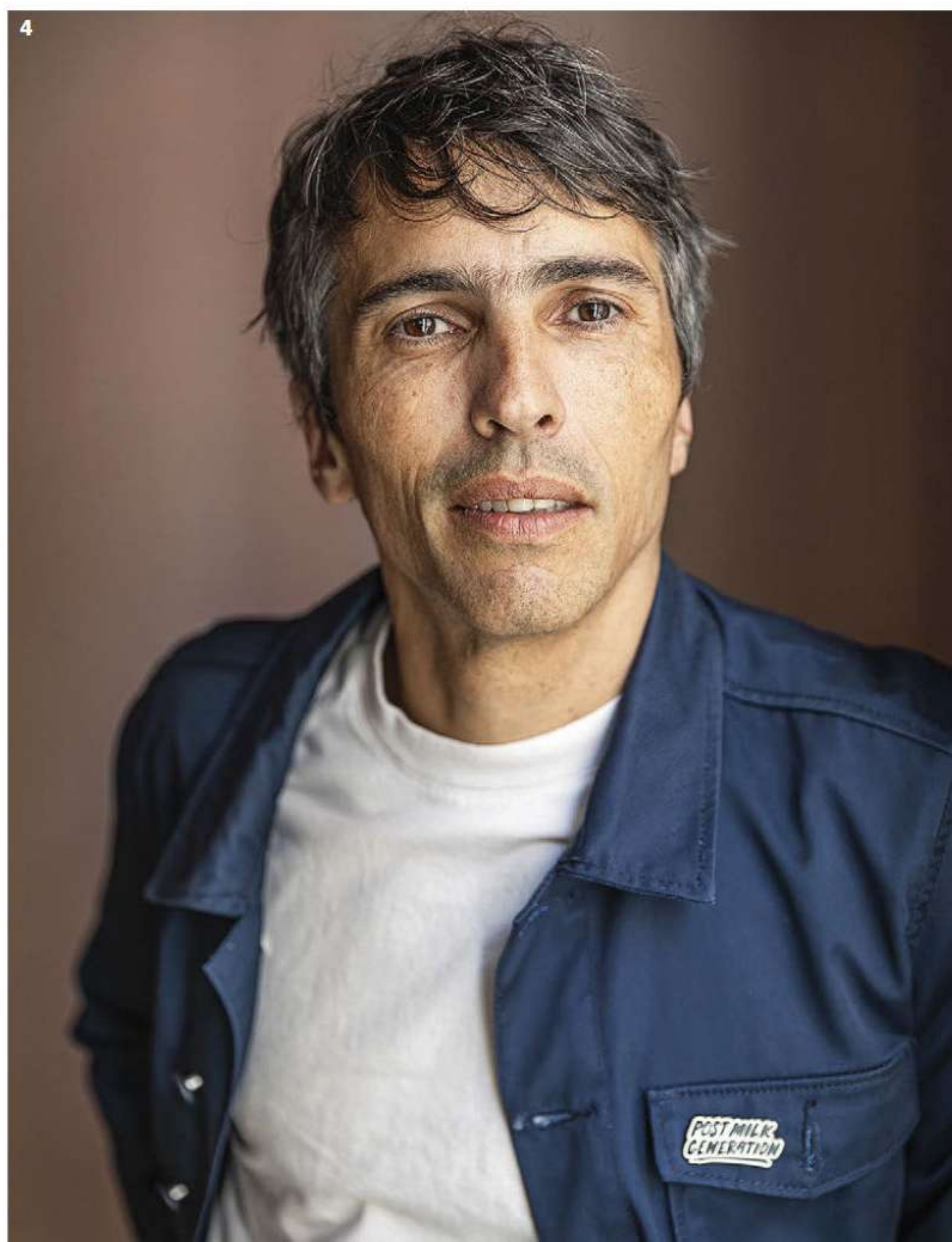
3



5

1. Caroline Reid, directora de Sostenibilidad de Oatly, uno de los pilares éticos de esta bebida vegetal.
2. Cuartel general de Oatly en el puerto de Malmö, Suecia, en un edificio restaurado con una estética de hangar que aprovecha y reutiliza maderas y estructuras de acero.
3. Centro de Innovación de Lund donde se experimenta con nuevos sabores, texturas y productos.
4. Iggy Diez, director creativo de Mercados Internacionales de Oatly, responsable de alguna de sus campañas más recordadas.
5. Fábrica de Landskrona, donde se producen tres millones de litros semanales de su producto estrella, la *barista edition*.

4





ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



tos para desarrollar una bebida con una base de avena con “buen sabor y valor nutricional” que empezó a distribuirse por los países escandinavos. Entonces era casi un medicamento con una indicación clínica que solucionaba un problema, la intolerancia a la lactosa.

Así fue durante 18 años y no estaba mal, pero nombraron CEO a Toni Petersson, que venía del mundo de la noche. No sabía nada de la industria alimentaria, de lácteos e intolerancias. En cambio, había gestionado clubes nocturnos y restaurantes y era un gran conocedor del mercado inmobiliario. Lo que sabía hacer muy bien era vivir y crear deseo, y vio mucho

más allá del nicho de las intolerancias. Elegir una bebida vegetal en lugar de una leche convencional empezó a ser una decisión filosófica y una postura vital, podía ser hasta una declaración de intenciones, un “Aquí estoy yo con mi café limpio, que no contamina”. En las escuelas de *marketing* de todo el mundo se estudia este movimiento maestro. “La leche vegetal dejó de ser un ingrediente para ser una ideología”, enseñan.

Se cambió la tipología corporativa. El discreto logo farmacéutico fue sustituido por un grito tipográfico, en mayúsculas y negrita, ¡OAT-LY! Y, como no les sobraba el dinero, usaron el cartón del tetrabrick para de-

cir lo que tenían que decir: “It’s like milk, but made for humans” (Es como leche, pero fabricada por humanos). Por ese eslogan le cayó una demanda, pero siguieron: “You actually read this?” (En serio ¿estás leyendo esto?).

En cinco años, sus ingresos se dispararon de 15,5 millones a 69 millones de dólares en Europa. En 2018 tuvieron su primera crisis de abastecimiento y los cartones de Oatly se llegaron a vender en Amazon por 200 dólares. Los baristas, grandes aliados de la marca desde sus inicios, colgaron carteles en sus cafés: “Lo sentimos, no tenemos *leche* de avena”. Nadie entendía nada.

Iggy Diez, director creativo de la



4



6



7

1. Vista de la fábrica de Landskrona.
2. Detalle de una mezcla de base de avena.
3. Envases de Oatly, uno de los *packagings* más copiados de la industria.
4. Josep Domínguez confirma que en España el negocio de bebidas vegetales crece a doble dígito.
5. Detalle de los ingredientes que se emplean para crear bebidas versátiles.
6. Rafa Maggion, líder de desarrollo comercial para el segmento barista en España.
7. Sofia Ehlde, responsable del Departamento de Innovación de Oatly.



5

casa y que ha recogido el testigo de Petersson, reconoce a *El País Semanal* que van de demanda en demanda. Entraron al mercado español con el eslogan “It’s like milk, but made for humans”, y Autocontrol les tiró de las orejas; ellos dicen que adoptaron un perfil bajo, pero en 2023 volvieron con otra campaña “F*ck Oatly”, y con un eslogan en inglés que aseguraba que los españoles no entendían ese idioma. Se la jugaron porque para Oatly España es un mercado “interesante”. “Es uno de los países europeos más desarrollados en el consumo de bebidas vegetales, con un crecimiento de doble dígito”, confirma Josep Domínguez, presidente para los mercados internacionales.

Diez presume de haberse ido de la competencia, Danone, para conver-

tirse en una especie de Robin Hood. “Nos divierte provocar al oso, quizás solo nos proponemos ofender a la industria láctea”, dice al tiempo que promete haber madurado: “No puedes ser toda la vida el *enfant terrible*”, concede. Lo que él pilota se llamaría en otras compañías Departamento de Marketing, pero en Oatly es el ODMC, Departamento de Control Mental. “Cuando llegué tuve que desaprender lo que sabía y desmonté el equipo de *marketing* porque era un departamento de aprobadores, no de creadores. Ahora no hay intermediarios, nadie reporta a nadie y cada uno se hace cargo de sacar adelante sus ideas”, explica.

Crea contenidos “polarizantes” y campañas disruptivas porque quiere que la gente escuche. “No creamos ruido gratuito, tenemos cosas que decir”. En su web publican todos los escándalos de la compañía. “Nos acusan de sincericidio, pero yo creo que algún día estudiarán nuestro caso en la Universidad de Harvard”, aventura Iggy. Mientras llega esa consagración, Oatly es una de las empresas más copiadas del mundo. —EPS

En 2018 tuvieron su primera crisis de abastecimiento y los cartones de Oatly se llegaron a vender en Amazon por 200 dólares

Rosa Montero

Dedicado, con amor, a las anónimas

TENGO ENTRE MIS manos un libro maravilloso. Por su contenido y por quien lo firma. Hablo de una nueva edición de *Las mil y una noches*, publicada por Austral; en la cubierta azul marino puede leerse claramente el nombre al que se le atribuye la autoría. Y dice: Anónima.

Se trata de un proyecto hecho en colaboración con ONU Mujeres España. Hace ya bastantes décadas que existe la muy afianzada teoría de que, bajo los múltiples textos anónimos de la historia de la literatura, se esconden mujeres que no pudieron reivindicar su obra por el sexismo de la sociedad. Uno de esos textos es sin duda *Las mil y una noches*, un conjunto de narraciones árabes procedentes de varios países y diversos siglos. El conocido y bellissimo cuento marco de Sherezade es claramente feminista, y hay muchos otros relatos en el libro que también lo son, como las aventuras de la princesa cristiana Ibriza, incluidas en *La historia del rey Umar Al-Numán*, una novela épica que ocupa la octava parte de las Noches, el fragmento más extenso con diferencia. Pues bien, Ibriza pelea mejor que cualquier varón; vence en combate al príncipe Sarkán (y sus doncellas también vencen a los guerreros árabes), y además es cultísima y una ajedrecista formidable. De hecho, también gana a Sarkán al ajedrez. “En todo resultas vencido”, le dice Ibriza. Y Sarkán contesta, galante: “¡Señora! El ser vencido por ti es un honor”. Cuando leí todo esto, hace muchos años, ya quedé convencida de que tenía que estar escrito por una mujer (dudo que un hombre hubiera llevado las sucesivas derrotas con esa deliciosa ligereza). Pero una cosa es suponer y otra comprobarlo.

Para eso ha creado ONU Mujeres el Proyecto Anónimas. Un grupo de investigadoras especializadas en inteligencia artificial ha estudiado durante cinco meses los textos de *Las mil y una noches*. Al principio los resultados eran confusos, hasta que se dieron cuenta de que estaban trabajando sobre traducciones hechas por varones. Recurrieron entonces al manuscrito árabe más antiguo que existe y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia; sobre esos textos trabajó el francés Galland, que contribuyó a la introducción de las Noches en Occidente con sus traducciones al francés, publicadas entre 1707 y 1717. Y al investigar los originales los resultados fueron abrumadores: están escritos por mujeres al 81,7%. De ahí

esta nueva edición, que usa la traducción directa del árabe de Dolors Cinca y Margarita Castells y que aparece firmada orgullosamente por Anónima.

Quién sabe cuántos más libros anónimos habrán sido escritos por mujeres. Y cuántas autoras habrán sido despojadas de sus textos, publicados bajo la supuesta autoría de un varón real que se apropió de la obra, como sucedió con María Lejárraga o Colette. Estos casos los conocemos, pero ¿cuántos habrá que no? Por no hablar de las muchas mujeres que, aun teniendo talento, nunca lograron escribir, porque no pudieron estudiar y ni siquiera creyeron en sí mismas, como explicaba Virginia Woolf en su maravilloso ensayo *Una habitación propia* (1929), en el que inventa a una supuesta hermana de Shakespeare, Judith, tan dotada como él, pero a la que las circunstancias terminan enmudeciendo y destrozando. Por cierto, y ahora que mencionamos al bardo inglés, recordemos que es un escritor muy escurridizo del que se sabe muy poco, hasta el punto de que hay grandes dudas sobre si escribió de verdad sus obras. Se han propuesto diversos nombres de posibles autores o coautores, los más conocidos Marlowe y Bacon, pero en 2019 Elizabeth Winkler publicó en la prestigiosa revista norteamericana *The Atlantic* un interesante trabajo sosteniendo que la autora oculta de las obras de Shakespeare podría ser Emilia

Existe la afianzada teoría de que, bajo los múltiples textos anónimos de la historia de la literatura, se esconden mujeres



Bassano, la primera mujer que publicó un libro de poemas en inglés (en 1611) y un personaje fascinante. Los expertos shakespearianos reniegan de semejante idea, por supuesto (¿por qué será que no me sorprende?), pero lo cierto es que la obra de Shakespeare es increíblemente feminista en muchos aspectos; resuena en el oído y en el corazón como me resonaba Ibriza, así que, ¿quién sabe? (recomiendo leer el fascinante trabajo de Alejandro Gámero *¿Y si William Shakespeare hubiera sido en realidad una mujer?*, en lapiedradesisifo.com). En fin, este artículo es el último hasta septiembre; yo me voy a pasar las vacaciones leyendo libros escritos por mujeres para celebrar que ahora, por fortuna, ya podemos firmar y publicar. Feliz verano. —EPS

FACSÍMILES QUE RECREAN LA HISTORIA

Libro de las Maravillas

S. XV (Cognac, Francia)

Asombroso facsímil de uno de los códices más enigmáticos del mundo



Siloé

arte y bibliofilia



Original en la Biblioteca Nacional de Francia, Français 22971
200 páginas de 306 x 208 mm con fantásticas miniaturas de Robinet Testard

Vistas de Ciudades de España

Nicolás Chapuy

La colección de vistas de España más buscada, codiciada y rara

Premio Nacional del Ministerio de Cultura
Modalidad: Facsímiles

Original de colección privada
72 litografías de 570 mm x 410 mm



En SILOÉ llevamos casi 30 años recreando obras maestras

Solicite
información:

Siloé

C/ Delicias, 23, bajo
09005 BURGOS



947200520

siloe@siloe.es
www.siloe.es



Siloé

arte y bibliofilia

LA EDITORIAL MÁS GALARDONADA DE ESPAÑA

20 Premios Nacionales del Ministerio de Cultura. Modalidad Facsímiles

4 Premios Fray Luis de León al Libro Mejor Editado

Premio Patrimonio Cultural Consejo Cámaras de Comercio Castilla y León

Premio Fuera de Serie, revista de Expansión y El Mundo

Patrimonio
a su alcance
para gozar
de por vida



Snowflake
Pendientes

Van Cleef & Arpels

Haute Joaillerie, place Vendôme desde 1906



Madrid - Barcelona
vancleefarpels.com
+34 914 149 303